

Binarius II

Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas
Universidad EAFIT







Binarius II

Libro electrónico artístico

Segundo concurso de fotografía y narrativa

Centro Cultural Biblioteca

Luis Echavarría Villegas

Universidad EAFIT

2012

Índice

Presentación

MARTHA SENN Directora Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas	10
Relato introductorio Chapoleras JUAN LUIS MEJÍA ARANGO. Rector Universidad EAFIT	16

Capítulo 1: Epistolar

I. Confesión por una oración CESAR AUGUSTO CEBALLOS MONTOYA	26
II. Carta de Iván Cocherín a doña Custodia LUIS JAVIER CAICEDO PÉREZ GLORIA PATRICIA LOPERA MESA	32
III. Los días de la culpa JULIANA PANIAGUA ARROYAVE	39
IV. Quincuagésima novena carta DIEGO FERNANDO PAREDES PEÑA	45

MANUELA FRANCO BETANCUR	
V. Reflejos de lo que ya no soy	51
JORGE CARABALLO CORDOVEZ	
VI. Silueta de actriz al alba	56
ANDREA HERNÁNDEZ VÉLEZ	
LUISA BETANCUR OSSA	

Capítulo 2: Poesía

I. El pene y la mano derecha	66
IGNACIO JAVIER BEETAR ZÚÑIGA	
NATALY MUÑOZ VELÁSQUEZ	
II. Cambio y tierra	73
SANTIAGO LONDOÑO MONTOYA	
TATIANA MOTLAK CORREA	
III. Entre mares	77
RAFAEL ALEXIS ÁLVAREZ	
IV. Jaque perpetuo	82
GUSTAVO ADOLFO PIEDRAHITA GAVIRIA	
V. La cabeza de Ortega	86
LUIS FERNANDO CASTAÑO ARCILA	
VI. Vagabundo	92
LAURA VANESSA CASTAÑEDA FLÓREZ	
SANTIAGO QUICENO HOYOS	

Capítulo 3: Relato Corto

I. Cuatro Cuartos	100
MARÍA ALEJANDRA ARCILA YEPES	
II. ... Y un pequeño Cristo azul	106
JORGE MARIO GÓMEZ JIMÉNEZ	
III. Bien tapadito	112
ANGÉLICA MARÍA GARCÍA ROJAS	
CLARA ISABEL OCHOA VÉLEZ	
IV. BusEros	118
FELIPE GONZÁLEZ HERNÁNDEZ	
V. Coneja despierta	126
FEDERICO CUARTAS ARISTIZÁBAL	
VI. El libreto	132
EDGAR STEVE PAVA RODRÍGUEZ	
ÁLVARO ANDRÉS ECHEVERRI ECHEVERRI	
VII. El último billete	141
DIEGO ALEJANDRO GIRALDO RESTREPO	
VIII. El último viaje	148
JHON EDER AGUDELO GARCÍA	
SUSANA QUIROZ GÓMEZ	
IX. En otra tierra	155
CATALINA CUADROS JIMÉNEZ	
CAMILO DE FEX LASERNA	

X. Madre, todo bien	162
CLARA LUCÍA PÉREZ ARROYAVE	
ANA ISABEL PÉREZ ARROYAVE	
XI. Monedas de sal	169
ANDREA ARANGO GUTIÉRREZ	
MARÍA CLARA CALLE AGUIRRE	
XII. Primer paso	175
DAVID ALEJANDRO BETANCOURT VÉLEZ	

<i>Agradecimientos</i>	183
<i>Autores participantes</i>	187



Presentación

“Si queda un valor en el espíritu humano que amo por encima de todo y de mí mismo, es la libertad creadora, sin la cual no hay arte, ni verdad, ni belleza, ni nada que nos haga dignos de ser seres humanos”

Gonzalo Arango

El volumen II del Libro Electrónico Artístico BINARIUS del Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas de la Universidad EAFIT reúne las propuestas seleccionadas en el Segundo Concurso de Fotografía y Narrativa BINARIUS realizado a través de una convocatoria que tuvo lugar en agosto de 2011.

De diferentes ciudades llegaron 34 epístolas, 66 poemas y 105 relatos cortos que hacen juego con la fotografía, creando un binomio de mutua inspiración entre la literatura y esta forma de arte visual. Un jurado calificador de la mayor prestancia académica integrado por la maestra en hermenéutica literaria y editora Natalia Maya Ochoa, la maestra en hermenéutica literaria Mónica Gil y el doctor en literatura Efrén Giraldo, escogió las 24 propuestas que integran esta edición.

Realizamos este innovador concurso con los propósitos

de estimular y llevar a cabo iniciativas culturales que fomenten la circulación del talento creativo en el idioma español, y abrir espacios que incentiven el gusto literario y la escritura. Todo ello hace parte de la campaña denominada Eafitenses Culturalmente Activos, que en nuestro Centro Cultural Biblioteca LEV quiere crear conciencia sobre la titularidad de los derechos culturales de la comunidad universitaria. Se hace énfasis en las libertades para indagar, compartir, investigar, aprender, preguntar, disfrutar, ser creativo y acceder al pasado, con las que se fortalece el libre acceso a la información y a la vez se apoyan los procesos de enseñanza-aprendizaje, investigación y extensión.

Mediante la gestión y comunicación de recursos y servicios de excelente calidad, la formación de usuarios autónomos y responsables en el uso y aprovechamiento de los mismos, la salvaguardia del patrimonio documental y la promoción de acciones culturales para el fomento de la cultura, la lectura y la escritura, el Centro Cultural Biblioteca LEV contribuye a la generación de conocimiento para el desarrollo de la comunidad de usuarios y del país.

Los lectores de este libro observarán que algunos de sus autores utilizan lenguajes costumbristas en la narración de sus textos, estilo que ha sido respetado en esta edición.

Agradecemos de manera especial al señor rector abogado Juan Luis Mejía Arango, rector de la Universidad EAFIT, su deferencia al permitirnos incorporar a esta publicación como primer relato, el de su autoría titulado “Chapoleras” con un referente fotográfico de Melitón Rodríguez: Las Chapoleras.

Es para nosotros un placer poder entregar a la sociedad en general esta novedosa propuesta literaria en formato digital.

MARTHA SENN

Directora Centro Cultural Biblioteca

Luis Echavarría Villegas

Universidad EAFIT



Relato introductorio

Chapoleras*

Juan Luis Mejía Arango

* Texto tomado del libro Las Américas Colombia, de varios autores. Publicado por la Biblioteca Nacional de Colombia, como parte de la exposición “Las Américas” realizada entre el 6 de julio y el 15 de septiembre de 2012.



Fotografía: “Las Chapoleras” por Melitón Rodríguez.
Imagen propiedad del Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.



A partir de 1870, el café empieza a convertirse en la más importante actividad agrícola de Colombia y del departamento de Antioquia. Aprovechando los ricos suelos volcánicos de las estribaciones de la Cordillera Central, los ganaderos empiezan a cultivar café en las partes altas de sus haciendas. La primera fase del cultivo se realizó bajo la modalidad de hacienda con cultivadores y recolectores asalariados. Pero al iniciarse el siglo XX se presentan nuevas modalidades de cultivo. Debido a la leva de trabajadores para incorporarlos a los ejércitos que combatieron en la guerra de los Mil Días (1899 – 1902) y a la fuerte migración hacia los territorios del sur, las haciendas se ven en dificultad para incorporar asalariados y optan por la modalidad de agregados. El investigador Roger Brew describe así esta forma de vinculación: “Cada hacienda tenía un núcleo de trabajadores, llamados agregados, que vivían con su familia en un pedazo de tierra que les prestaba el propietario y donde tenían derecho a sembrar, a tener cerdos y, a veces, una vaca. Los agregados suministraban casi todo el trabajo masculino y se utilizaban para desmontar, sembrar, desyerbar y podar. Durante las dos cosechas anuales, las mujeres y los niños de la familia del agrega-

do eran la mayor fuente de mano de obra, aunque para la cosecha principal había que conseguir más mujeres y niños que ayudaban a recoger café y que se conocían con el nombre de chapoleras”¹. La otra modalidad de explotación cafetera la constituyeron los pequeños y medianos colonos que ocuparon las laderas de los actuales departamentos de Caldas, Quindío y Risaralda y de la región del suroeste antioqueño. Estas pequeñas unidades productivas utilizaban la mano de obra familiar. De nuevo mujeres y niños, sobre todo en cosecha, se convertían en factor determinante de la producción cafetera.

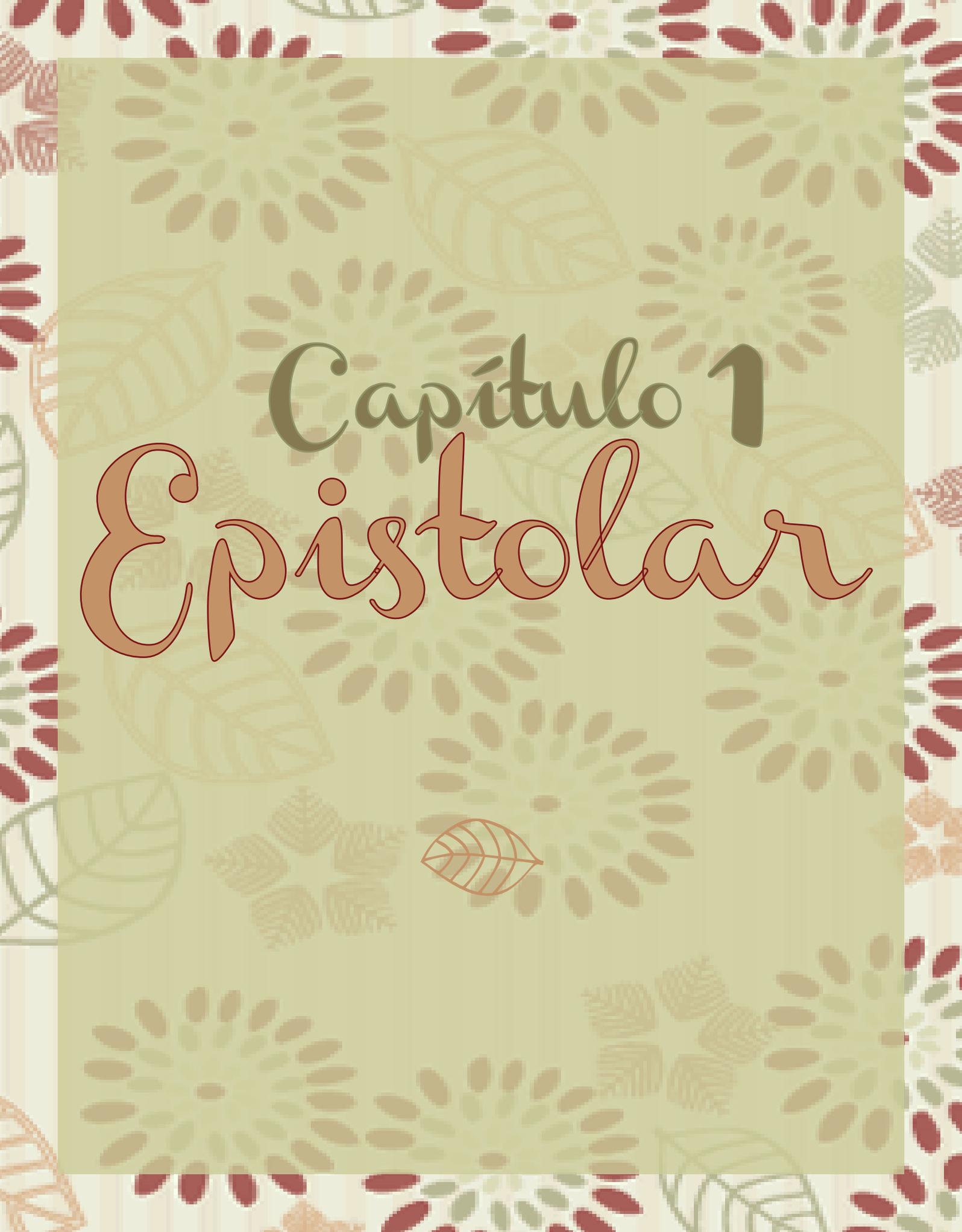
El fotógrafo que se ha desplazado a la zona cafetera del suroeste es Melitón Rodríguez. Ha subido al cafetal de alguna hacienda en plena época de cosecha. En el lugar del acopio se encuentra con cuatro mujeres y un niño. Detrás del grupo hay un árbol que ha sido despojado del grano. A la derecha, una mujer recoge los frutos maduros de las ramas más altas. En primer plano una mujer deposita su medida en el canasto del niño que recolecta la producción individual y la lleva al beneficiadero (una mujer podía coger unas veinte medidas

¹ Roger Brew, citado por Mariano Arango Restrepo en el artículo “El desarrollo de la Agricultura”, Historia de Antioquia, Suramericana de Seguros, Medellín, 1988, p,226

por día. Por cada canasto lleno recibía un ficho que era liquidado al finalizar la semana). Las dos mujeres de la izquierda han hecho un alto en el trabajo y la mayor lee la suerte en la ceniza del tabaco que sostiene la joven. La fotografía no sólo habla de una actividad económica, sino también devela un mundo mágico, colmado de premoniciones, azares, sabidurías ancestrales. En fin, de un mundo premoderno.





The background features a repeating pattern of autumn-themed elements: large green leaves, smaller brown leaves, and clusters of red berries. The text is centered on a light green rectangular area.

Capítulo 1

Epistololar







Confesión por una oración



Cesar Augusto Ceballos Montoya

Relato ganador Categoría Epistolar

Los jurados calificadores describieron la propuesta artística “Confesión por una oración”, de la siguiente manera:

“La epístola, ese género que determina aquello que va de uno a uno, de uno a otros, o lo contrario, encierra por lo que le corresponde un secreto, algo íntimo que se guarda para decir casi siempre aquéllas verdades del alma que bien podrían decirse mirando a los ojos. Confesión por una oración nos revela, ante el lecho de muerte de un hombre, los padecimientos de su mujer en tantos años de incomprendiones y desencuentros, no son reproches ni acusaciones, pues aquel hombre ya no puede oírla y mucho menos leerla”.



Fotografía: Cesar Augusto Ceballos Montoya



Ha pasado toda una vida y tan sólo en este momento me atrevo a escribirte. Quizás sea algún extraño efecto producido por los aromas que despide este cuarto en el que estamos juntos, la mezcla del vapor del alcohol revuelto con tus propios olores, apenas neutralizados por la acción del detergente que se sacude entre tus sábanas. Carga su cuota la fatiga de tantas noches en vela, a tu lado o dando vueltas en mi cama, pensando, sufriendo, perdonando, añorando, esperando. Quizás sea este el mayor esfuerzo, la espera, la súplica, la dualidad entre lo que te quiero y lo que anhelo para mí.

Ha pasado toda una vida y me debato entre mis sueños de vivir y el impulso de sopesar lo que he recibido a cambio de tanta entrega, de entender el significado de lo que ha sido mi camino. En el proceso quiero pensar que he sido afortunada y recurro a mi memoria para buscar aquellos momentos en que nuestro amor fue edificante para mí y viene a llenarme con una cálida efervescencia el recuerdo de lo que sembraste en mí, un casi imposible, un antojo que la naturaleza se había obstinado en negarme. Qué maravillosa sensación me inunda y me embriaga al recordar este hijo que aun hoy llena de luz mis oscuros temores. Sin embargo, es cier-

to que repetidamente siento decepción, pero me aferro a la idea de que mi sacrificio puede servir de redención a aquellos en quienes he puesto mi esperanza y me han defraudado, entre ellos tú.

Ha pasado toda una vida y con los años he tenido grandes pérdidas, pero brilla mi corazón al contemplar lo que podría ser yo sin tu peso. En este punto me encuentro aterrada y algo de culpa ronda en mis oraciones cuando pido al cielo por tu descanso, por tu partida. Ansío una libertad que no alcanzo a vislumbrar completamente, y no significa que no te quiera, te quiero pero me duele tanto verte divagar por sueños insanos, me duele ver tu senectud quijotesca, me duele ver el daño que nos haces y te haces a ti mismo. Te digo que no somos demonios grotescos para aplastar con tus puños y tu lengua, te digo que siempre hemos estado a tu lado, sin falta, que somos tu familia, que soy tu esposa y he resistido tu huraña indiferencia durante todos estos años.

Ha pasado toda una vida, pero de repente pienso que no debo temer, que mis oraciones están bien formuladas, que mi confianza en el correcto devenir es mi salvación. Seguiré rogando, seguiré suplicando, aun con estos ataques de desesperación que tantas veces me

sorprenden. Es extraño enfrentarse a lo que la vida te depara. Ha sido un largo camino y a fin de cuentas lo hemos recorrido juntos, aquí estoy a tu lado y estaré hasta el final. Te quiero, lo sé. Estoy escribiendo para ti. Dejaré que la eterna corriente se encargue de todo y que este hermoso resplandor que veo sobre tu rostro sea un cálido respaldo que asegura que la vida siempre fluye correctamente y que nuestras vidas han sido claramente alimentadas por esta razón.



Carta de Jván Cocherín a doña Custodia

Luis Javier Caicedo Pérez
Gloria Patricia Lopera Mesa



Fotografía: Luis Javier Caicedo Pérez y Gloria Patricia Lopera Mesa



Marmato, Caldas, 28 de septiembre de 2011

Muy apreciada doña Custodia:

Hace tres días con sus noches que estoy aquí, a la entrada del bar El Cerro de Oro, esperando que usted aparezca con su sonrisa diamantina caminando por el piso de piedra y sobre los techos de teja de este recodo amurallado del camino que sube del sector del Atrio al Centro Histórico. Para burlar el tendido de alambre de púa que rodea el pueblo y los retenes del gobierno, me vine por entre la red de socavones que usted, las brujas y yo sabemos que traspasa de lado a lado la montaña, orientándome por los ecos que los pueblan: aquí el ras-ras de las piedras talladas por los Moragas y Cartamas originarios, extrayendo materia prima para los Quimbayas; allá el toc-toc de la puntiaguda barra de hierro con que trabajaron los esclavos negros para los españoles; más allá el taz-taz de los molinos de pistones que introdujeron los ingleses para acelerar el pago de las deudas de la Independencia, en un ruido que se alcanzaba a oír por la carretera varios kilómetros antes de divisar el pueblo; en otra parte el ron-ron de los molinos de bolas

del Ministerio de Minas arrendados a los pequeños mineros de la Zona Alta; y finalmente un estridente yizz-yizz desconocido en el laboreo minero que me condujo a la salida por una boca de mina a cuyo lado hace poco obreros de overol, horario y sueldo descuartizaron con equipos de acetileno los molinos de las últimas minas compradas y cerradas por la nueva compañía, donde comprar-y-cerrar constituyó un solo vocablo, contra toda lógica minera, jurídica y vital.

El paisaje ha sido el mismo desde que la espero, porque ni la lluvia ha perturbado el statu quo que el Tribunal ordenó mantener después de que ustedes todos desalojaron el pueblo, con la firme determinación de no agregar un nombre más a las estadísticas luctuosas del país, y se fueron a acampar bajo las alas extendidas del héroe-cóndor esculpido por Arenas Betancur en las alturas de la plaza principal de Manizales, en espera del fallo de tutela.

Disculpe que no le haya avisado mi llegada, pero es que usted me acostumbró a que en Marmato las puertas de las casas permanecen abiertas, en especial las de la suya, en la que por igual atiende a quienes indagan por la historia de las edificaciones antiguas o por el sentido

del sinsentido de un pueblo que no tiene calles y carre-
ras; a los que buscan el Compendio Musical Marmate-
ño recopilado por usted; a los que no se acostumbran a
que usted se haya jubilado del magisterio, y a quienes,
como yo, quieren escuchar de su voz tierna de negra
mayor mis poemas desgarrados de luz bronca, cuando
no los suyos propios, ingenuos y vivaces, con tanto es-
mero guardados entre los manteles del comedor.

Mientras usted vuelve, me quedaré aquí, en este pue-
blo minero, gota de llanto en la angustia, terminando
de limpiar el lodo que dejara la avalancha de 2006 en
la plaza cuatro veces centenaria, volviendo a pegar las
ventanas a los muros tumbados por la compañía, cons-
truyendo en concreto los canales en zigzag que encau-
cen las aguas lluvias, recogiendo de las laderas los ma-
teriales inertes, velando por el retorno de la alcaldía, el
banco, la notaría y el correo a sus oficinas habituales,
reforzando las bases del hospital de arriba –esa tarea
que descuidamos y dio lugar a tantos malentendidos-,
buscando ojos e intestinos nuevos para devolverlos a
quienes los perdieron con la pólvora negra, arrancando
el musgo que empieza a crecer en los laberintos de pie-
dra, atento al racimo de plátano y a las flores que cre-

cen a la vera de los volcanes de caparrosa, y, claro está, prosiguiendo la explotación del filón para que los Dioses no escondan para siempre el oro en las tinieblas.

De usted muy afectuosamente, maestra, q.b.s.m,

Iván Cocherín





Fotografía: Juliana Paniagua Arroyave

Los días de la culpa

Juliana Paniagua Arroyave

Belmira, 22 de noviembre de 1955

Octavio:

Sabr  Dios cuántas trochas tendr  que subir esta carta para encontrarlo, cuántos lomos de mula manchar n sus hojas antes de que la misiva llegue a su destino y pueda usted leer los garabatos burdos del que ahora escribe. Matar a por verle la cara cuando en medio de la emoción por recibir nuevas y benefactoras noticias, evoque en mi carta recuerdos de tiempos peores; esos que le llenan la mirada con un odio viejo que todavía me persigue así sus ojos castigadores ya no se crucen conmigo en la plaza del pueblo. S , todo hay que decirlo: como Caín y Abel en nuestro caso ser hijos de la misma madre no fue garantía de nada.

Pero no fue por eso que dejó de avisarle. No crea que fue el odio, fue más bien mi miedo pero me imagino que eso ya no cuenta, porque como bien decía la mamita Aurelia de buenas intenciones está empedrado el camino hacia el infierno. Yo quise desatar esta lengua mía torpe, pero tenía miedo y pues el que teme duda, todos los días a todas horas.

Por eso, cuando lo vi llegar esa mañana a mi barbería con ese aire suyo de dueño y señor de finca, yo entendí que el destino me estaba refregando en las narices eso que no habíamos resuelto. -Son las patillas y el bigote- fue lo único que usted dijo mientras yo apenas podía dominar esa rabia desconcertada que me producía tenerlo cerca.

Con lentitud ceremonial de obispo mojé su cara, la llené de espuma; cogí la navaja afilada para medir la firmeza de mi pulso y me dediqué a abrir caminos entre su barba canosa. Ahí entendí que no avisarle era dejar que la navaja siguiera tranquila su curso desde la barbilla hasta el cuello para dejarle un agujero en la garganta. Mi silencio era un poco como matarlo Octavio, ahora los dos lo sabemos. Pero yo seguí afeitando lleno de angustia, sin mencionar que a usted iban a sacarlo vivo o muerto de su finca para reemplazar el olor del café por el de la sangre. Yo lo único que hice fue cortar su bigote, pulir sus patillas y dejar que enfrentara su suerte. No sé si pueda entenderlo, ni siquiera si pueda creerme, pero ese día empezó el calvario de esta culpa que me amarga el sabor de la comida. La culpa me hizo pensar en el corredor de su casa desolado, en las heliconias

secas porque no hay una mano dispuesta a regarlas; pensé en su cosecha perdida, en sus frutales, en las semillas regadas en el viento, finalmente nadie le avisa a la tierra que no hay más dueño para cultivarla.

Me sorprendí a mí mismo recorriendo su casa, una casa borrada de mi vida hacía años, buscando su ausencia rabiosa. A cambio encontré el ruido de mis botas y la foto que aquí le envió. Estaba tirada al lado de un machete oxidado debajo de la cama, bueno, asuntos que seguramente ya no importan. Lo importante en todo caso es que ahí le mando la foto.

No me quiero hacer el bueno Octavio, pero le envió la foto de su matrimonio porque imagino que usted necesita tenerla, necesita ver todos los días la cara de su esposa para evitar que la muerte termine de llevarse la imagen de su cara. Le doy la foto para que pueda recuperar aunque sea un destello de lo que era ser feliz antes de que esta violencia nos llevara a todos por delante. Pero sobre todo se la envió porque esta foto hace parte de sus recuerdos y nadie, ni siquiera un hermano como yo, tiene derecho a quedarse con ellos.

Sólo espero que pueda perdonarme. Porque eso estoy haciendo Octavio, le estoy pidiendo perdón. No me es-

toy muriendo, tampoco me crea enfermo, simplemente como usted también soy un desterrado aferrado a su dolor, como lo único conocido en el suelo que pisa. Ojalá Dios lo proteja de todo peligro y le ayude a perdonarme. Y si no puede hacerlo entonces alégrese al pensar que estoy medio muerto, porque en la lejanía entendí que en verdad hay muchas formas distintas y tortuosas de morir. El destierro es una de esas formas.

Sin nada más por decir se despide su hermano José Raymundo.





Fotografía: Diego Fernando Paredes Peña y Manuela Franco Betancur

Quincuagésima noveena carta

Diego Fernando Paredes Peña
Manuela Franco Betancur

23 de Diciembre de 1988

Marlicita

Hay una mueca de sus labios que no me deja recordar el resto, para mal se mezcla con esa sonrisa inquieta e imprudente de sus constantes alegrías, es una alteración de la memoria la que me posee y un recuerdo cuenta de aquellas veces que en plena misa una carcajada hacía eco en los cuatro muros blancos (una iglesia de verdad, de éstas del alma, en las que todo es compartido), toda la congregación callaba, era un silencio de ignorancia, lo digo colmado de desgracias al pensarlo, soy consciente de mi abandono, y sé que si volviese a repetirse, me sentaría en la banca a reírme, o me tiraría al suelo a gritar de sonrisa reventada, pero no te dejaría cargar una vergüenza injusta solamente a vos, es triste lo que pasó, me hice parte del montón y te castigué, no sé si te acuerdas de que mis ojos y mi rostro enrojecían y era furia la respiración, te salías cinco minutos de la misa para llorar de golpe todas las palabras, luego en profundo cese de voz te recostabas en los brazos de la abuela y te quedabas dormida.

Han sido diez años muy difíciles, es que vos sos todo lo que tengo, estar así de lejos me llena de pánico, papá dice que estás bien, pero cómo no te gusta acompañarlo al pueblo no he podido hablarte, y tantas ganas que tengo, no te imaginás la inagotable soledad que me aguarda cada noche en esa pieza en la que vivo, es mayor miseria que aguantar hambre. Dejemos a un lado los pesares y las víctimas, que ya sé que debes pensar que la víctima no soy yo, que en verdad la del sufrimiento sos vos. Te cuento cosas graciosas, aquí no saben bailar con ritmo, ni siquiera currulao, son demasiado tiesos, se les empañan los pies, por la necesidad de simplicidad y estallan en movimiento de costumbre, sin sentido, también te cuento que las personas casi todas saben leer y escribir, pero tenés que aprender a hacerlo mejor, para que no solamente encajés sino sobresalgás, para que algún día seas parte de la Cruz Roja así como me has dicho que querés. Yo sé que has avanzado muchísimo en el estudio, que ya sabés sumar, restar y multiplicar, me lo contó un día mi papá todo contento, espero que aprendás a dividir pronto, lo que son los números, eso sí que es difícil, yo sé, porque todo eso que yo aprendí, fue como al doble de tu edad, sin embargo

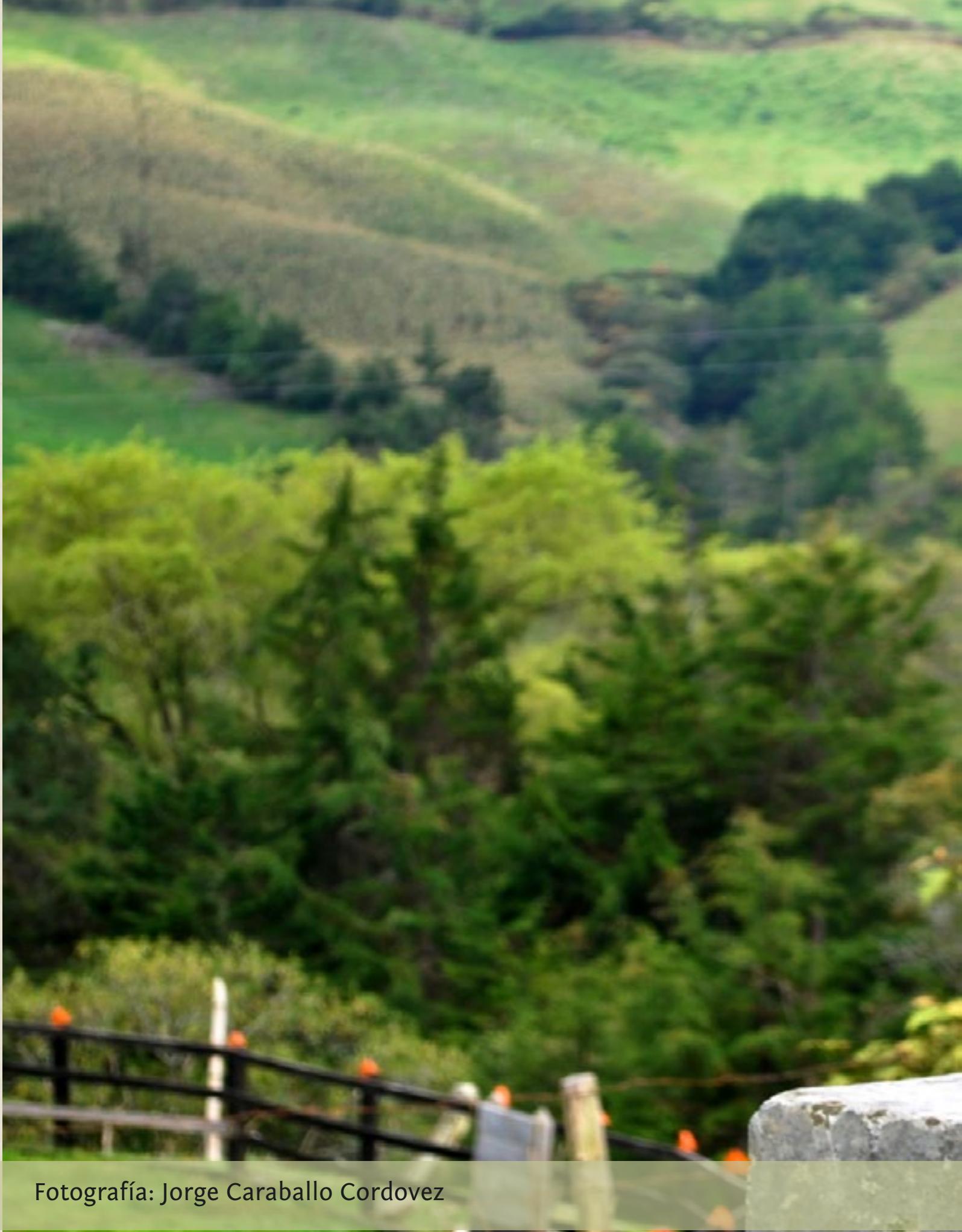
sé llevar cuentas, ésta es la segunda carta del mes, una de las últimas que me queda, no puedo prometerte que llego un día en especial pero ya no falta mucho.

Ayer mi papá me dijo que habían estado en una playa y pudieron ver una ballena jorobada, cuando él me contó me dio una envidia inmensa, de solamente pensarlo parece mentira, no tengo idea de cómo resultaron en éstas, pero me gusta que ese tipo de cosas te pasen, así se te pasa menos por la cabeza que yo no estoy. No sé si esta carta te va a llegar, no sé si la vas a poder leer, papá y yo nunca hablamos de estas cartas, siempre que le menciono el tema, busca evadirlo, y lo evadimos entonces, él dice que a veces se demoran semanas largas en llegar, yo sigo creyendo que hoy mismo te la entregan. Tal vez se necesita discreción para hablar de lo que pasa con mis cartas, pero todavía no entiendo las razones. Yo aquí tan lejos simplemente me hago la ilusión de que leés y llorás, por una entrega a la nostalgia, a la que luego le sigue una tranquilidad desnuda, porque sabés que voy a regresar. Para esta entrega no pude mandarles cartas a mis papás, diles que de todos modos los amo, que son hermosos y no hay de qué preocuparse, que vuelvo pronto.

Hoy más que nunca me haces falta, esa piel que le sacó al papá, ese cabello voluminoso, esa mirada absorbente, yo no te he dejado aún, no vayas a creer eso nunca, yo estoy lejos para que vos salgás adelante, es al final del otro mes que voy a poder ir, no me guardes rencor, que yo no pienso abandonarte, aunque así parezca la distancia. Por ahora, de pronto me siento en cualquier parte a mirar detenidamente una de las únicas fotos que tengo, esa que me regaló esa señora periodista que estuvo en la finca del abuelo hace un año, y al mirarte se me llena el cuerpo de vacío, me da de golpe una inaguantable necesidad de lágrimas y sé que vos vas a estar inmensa cuando vuelva, que no me vas a reconocer, que no va a ser lo mismo, cuánto lamento haber envejecido sin vos.

Con espera, tu querido padre.





Fotografía: Jorge Caraballo Cordovez

Reflejos de lo que ya no soy

Jorge Caraballo Cordovez



Édgar, recuérdame cuando mis tristezas eran calmas y tenía un amigo silencioso al lado. Cuando me sentaba en el lugar más apartado de casa para no tener que esconder a los otros mi aflicción. Recuérdame el rostro mío que nunca vi cuando me arrepentía por haber peleado con mi hermano. Recuérdame las sombras del patio en la pared de mi cuarto aquellas noches en que no podía dormir por escuchar la discusión de mis padres. Recuérdame esos sueños que pasaron por mí cuando los amigos estaban ausentes y no sabía qué hacer con mis ganas de jugar.

Édgar, ¿será que si te observo con atención podría recuperar algo? Yo quiero revivir el tiempo que moldea tu rostro, quiero olvidar las palabras para sentir de nuevo. Ya no soy inocente, ya soy incapaz de mirar con la sencillez natural con la que miran tú y tu perro. El tiempo me ha arrastrado sin yo quererlo, sin yo advertirlo, y me ha alejado de la esquina de mi casa. Ahora camino las calles, organizo el horario a mi gusto, tengo certezas y proyectos, hablo con seguridad de lo que soy y de lo que quiero, y con todo eso me siento lejos de mí. Si un perro viniera a sentarse a mi lado no podría imitar los gestos de la máscara con que los días en que viví

distraído se apropiaron de mi rostro.

¿Por qué me siento como un desconocido al verte? Ya no reconozco el color de mi alma. Sufro por el deseo de regresar a un tiempo y a un lugar que ya no existen. En ti se reflejan mis ruinas. Si supieras cuánto daría un hombre por volver a sentir como tú, así fuera esa tristeza recogida entre las montañas... Quiero volver a mí, a ese niño que abandoné sin saber cómo ni cuándo, quiero que el tiempo sea un sueño de mi mirada y que algo venga y me despierte y sea la voz joven de mi madre, mi hermano, el saludo de papá cuando regresa del trabajo, el hocico de mi perro... Quiero regresar a esos días, darle la espalda a mi destino y reiniciar el juego, quiero volver y es imposible, ¿qué injusticia es ésta?, ¿por qué no me avisaron que dejaría de ser niño y apenas me doy cuenta?, ya ni siquiera soy capaz de recordar las imaginaciones que me entretenían, mis primeros pensamientos en la mañana, cómo sentía el paso de las horas, cuáles eran mis palabras favoritas, mis ingenuas esperanzas, las ramas más rápidas para subir al mango...

Édgar... te escribo esto en la misma casa en que fui niño: ya no la siento igual, es más pequeña y aburrida, su si-

lencio no promete nada... mi casa es un lugar donde ya nadie juega, las paredes son blancas y los muebles son grises... pero todo en ella era tan natural cuando era niño...

Quiero sentarme en una esquina y ser el amigo silencioso que me acompañe en mi tristeza.



Silueta de actriz al alba

Andrea Hernández Vélez
Luisa Betancur Ossa



Fotografía: Andrea Hernández Vélez y Luisa Betancur Ossa



Buenos Aires,

Agosto 27 de 1978

Querida Antonia.

Hoy he visto el sol más reluciente que nunca; quisiera, de repente, decirme algo que hubiese guardado con celo durante mucho tiempo. Me despertó su haz de luz, rojizo como en las tiras cómicas que llevan demasiado color. Quise no abrir los ojos para negarle la realidad al sueño, pero era tan intenso el destello, que mis párpados sucumbieron al cálido albor.

Anoche tuve la última función de Hamlet en el Teatrillo Lumen, saturado de ratas intelectuales y jovenzuelos postizos de melenas recién engominadas. En cualquier caso, la sala estaba a reventar, y la faena empezaba con una luz tenue que nacía en la oscuridad del escenario. Deberías verme actuando, así sea para que te burles un poco con tu ingenio aleccionador y violento. Nacía pues, la luz tenue entre el silencio colectivo, la sombra esbelta de Ofelia se presentaba sin palabra alguna; tras tapar con una manzana la lucecilla, jugaba con las flo-

res de un lago proyectado sobre el telón. Ahora el lago era el rostro del Papa, los senos de una estrella porno, una advertencia de aborto prematuro en una cajetilla de Marlboro... Ofelia continuaba parsimoniosamente acariciando la proyección y... Mejor no te cuento la obra Antonia, tienes que venir a verla; quizás me dedique en algún momento a hacer cosas serias, si es que antes no le pierdo el gusto a este malabarismo imaginario sin rumbo, que algunos llaman arte.

En las tardes saco a pasear el perro del Lumen, que me observa embelesado antes de abrirle la puerta; ya le da pereza hasta mover la cola. Camino por las calles sin direcciones, pienso largamente en una nueva vida, en una plenitud que vendrá, un instante virgen del pensamiento, una madrugada que me obligue a mirar el sol. Me gustaría pensar más en el presente, olvidarme de tanto panfleto anónimo a futuro, y dejar de desperdiciar mis palabras en explicaciones del pasado como estas.

Ya lo sé Antonia, siempre me has reprochado la carga que le sumo a la carga natural de los acontecimientos, pero qué más da; "Ser o no ser". Antes de las funciones, pienso en los libros que leíamos juntas... Mientras recojo las colillas del bar, barro los pasillos, y pinto las

gradas; quiero que mis recuerdos y mis esfuerzos por ser otra, se desvanezcan.

Me despido sin más lamentaciones, por domesticidades de lo cotidiano. Besos al gato.

P.D. Déjale que escape por los tejados; de lo contrario engordará y adquirirá costumbres de perro viejo.

P.D. Te anexo una foto de la temporada anterior y unas ganas inmensas de fumar tabaco a tu lado, en un amanecer rojizo como el que me ha despertado.

Tuya,

Juana.







Capítulo 2

Poesía





El pene y la mano derecha



Ignacio Javier Beetar Zúñiga
Nataly Muñoz Velásquez
Relato ganador Categoría Poesía

Los jurados calificadores describieron la propuesta artística “El pene y la mano derecha”, de la siguiente manera:

“Entre las propuestas de género poético, “El pene y la mano derecha” sobresale por su construcción, que denota una cuidadosa elección de imágenes y un lenguaje que, no por su franqueza y crudeza, demerita la consecución de uno de los propósitos ancestrales de la lírica: comunicar una imagen plausible del yo. De igual manera, es de resaltar que el texto, respecto de la imagen fotográfica, propone una relación que va más allá de lo ilustrativo y genera una cooperación en el objetivo de suscitar atmósferas ricas en matices y sugerencias visuales y verbales”.



Fotografía: Ignacio Javier Beetar Zúñiga y Nataly Muñoz Velásquez



Estuve tirado en la cama.
Acomodado entre cuatro paredes
y escuchando canciones en una vieja grabadora,
pensando cómo deshacerme de los malos hábitos.
En realidad sólo quería hacerme menos pajas de lo ordinario.
Empezaba a bajar rápidamente de peso.
No había cinturón que aguantara mis pantalones.
La culpa era de una mujer.
(En realidad la culpa la tenían varias).
Para bien o para mal
mis desgracias siempre han tenido
nombre propio.
Es algo que jamás he podido entender
ni aceptar completamente.
En fin, ahí estaba yo, fumando, escuchando canciones,
mirando por enésima vez el cielo raso,
y recordando a Jean Genet.
Genet robaba carteras y chupaba penes en las calles de París.
Y a veces -cuando estaba en la cárcel-
escribía libros.
Genet también se masturbaba.
Pero nunca pensaba en mujeres.

Pensaba en hombres, y escribía sobre ellos,
y los amaba como sólo un marica puede amar a un hombre.
Sin embargo, yo insistía en lo de las mujeres:
las amaba,
las odiaba,
y me hacía pajas por ellas.
No conocía otra forma de vengarme.
Pero tenía un serio problema:
la talla de mis pantalones no estaba a la medida
de mi venganza.

Todo era inútil.
Y pasajero.
Y jodidamente triste.

Estaba harto de amar.
Yo no quería amor.
Sólo quería un cariño que me durara lo que un Kleenex.
Algo limpio y desechable.
Pero no lo tenía.
Así que sólo me quedaba cerrar los ojos y tragar entero.
El sabor era amargo, pero carajo:
jaun no estaba muerto!

Sabía que podía ajustarme el pantalón con un cinturón más pequeño.
Que podía salir a bailar canciones tontas en un bar de moda.
Y escribir libros con poemas como este.
Ahora estoy aquí:
Andando por la vida como si estuviera de camping.
Salvajemente feliz.
Porque sé que mientras tenga un pene y una mano derecha
mi vida me pertenece.
O al menos eso creo.





Fotografía: Santiago Londoño Montoya y Tatiana Motlak Correa

Cambio y tierra

Santiago Londoño Montoya
Tatiana Motlak Correa

Cambio y tierra es lo que le urge a los relojes que andan casi tan rápido como la consideración cotidiana del tiempo; a los vientres cansados de parir sin rumbo; a las ideas que vuelan sin ser derribadas por cazador alguno; a la permanencia del apego por las cosas. Cambio de tierra, tierra de cambio. Nada más hoy me he topado con un ala, bajo la mirada indolente de un ángel. He caminado con mucha gente entre los enterramientos; todos se han ensimismado sin duda, han entrado en una suerte de conflicto que, en principio, creí muy mío. La simbología de la muerte trasgrede la simbología de la vida, de la tranquilidad, de la felicidad, de la estabilidad. Cambio y tierra. Los relojes que antes fueron de arena, ahora son de tierra densa, y no fluyen. Las campanas que antes se echaban a resonar con libertad, ahora se suspenden bajo la mansedumbre de las aguas. Es el día cero y la creación del mundo aún está incompleta. Los espejismos son espejos incrustados en las arterias, las caravanas han sido sepultadas por las cambiantes dunas, y las manos de los viajeros crecen con los cactus. Dame una pista, *Alexandros*, de la grandeza inacabada, de la falta suprema. Dame la tierra que ha llenado tu boca, la cambiante brevedad de los inmortales. Nunca

pretendas besarme, *Alexandros*, que esta lengua podría convertirse en serpientes, o en carroña. Mejor, alárgate la noche en la que naciste, así el sol venga al cabo de algunas horas. No me esperes en la espiral histórica, que los ángeles efímeros han manoseado mis carnes, y me custodian aún, para que olvide tu nombre. Paz en tu tumba, guerra póstuma de tu memoria, *Alexandros*.





Fotografía: Rafael Alexis Álvarez



Entre mares

Rafael Alexis Álvarez

Más de cincuenta mares
he surcado a barlovento,
con sirenas y tormentas,
con naufragios y tesoros:
sobrevivo y soy feliz.

Las olas ya no van,
sólo vienen a cubrir
mis sienes de espumas
y llenar los recuerdos con palabras:
al borde del abismo.

Mar picado,
mar sereno,
mar adentro,
mar afuera del alma.

Marinero de ilusiones,
me sumerjo en tus fronteras
con mi aliento,
con mi cuerpo,
con mis naves,
con mis versos:
sobrevivo y soy feliz.

Cuando pierda su sal
mi mar de ilusiones

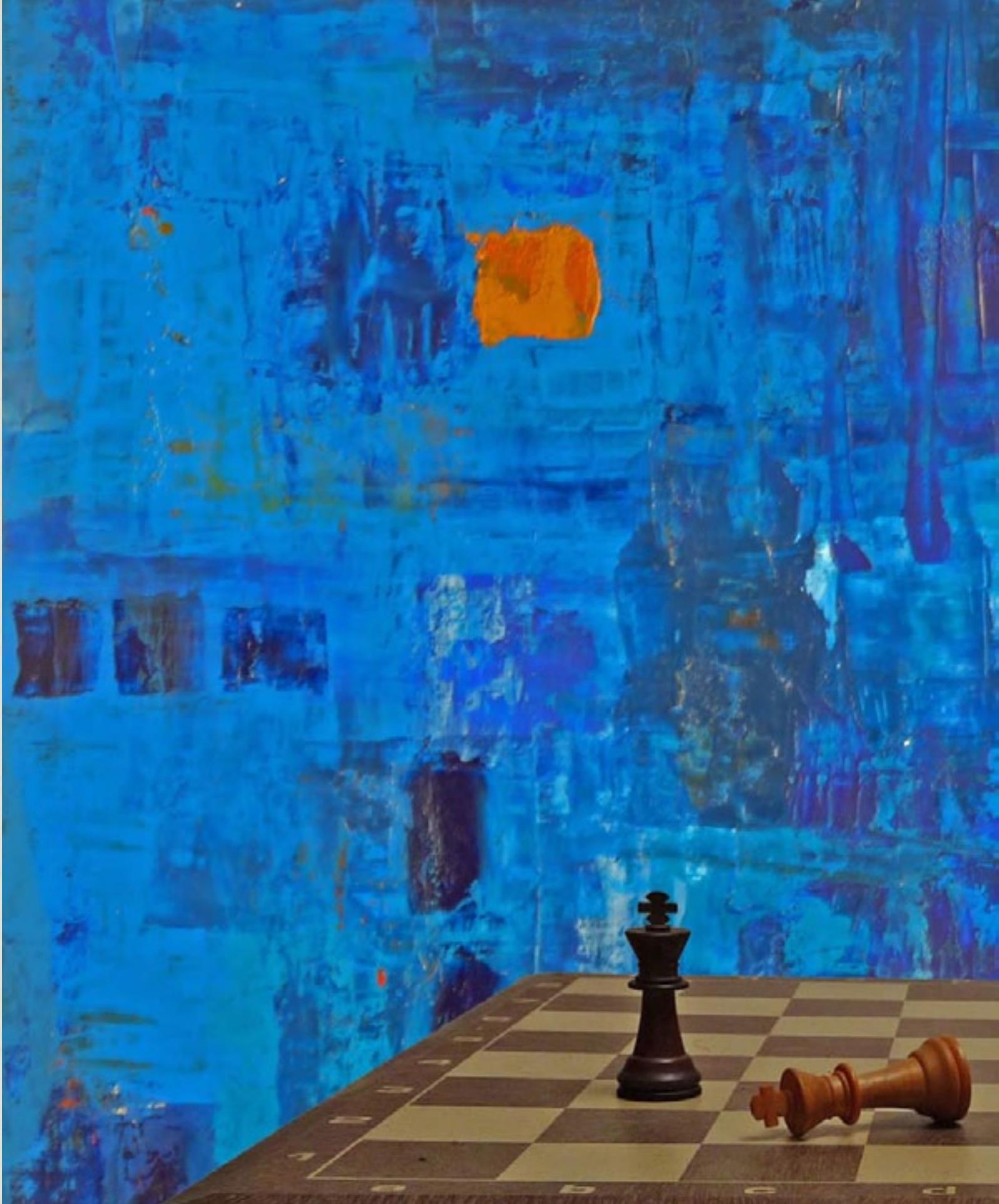
y el tiempo me deje a la deriva
encallado tierra adentro
en el barro del sueño eterno,
temblarán hipocampos en mis dedos
y nacerán corales en mis huesos;
entonces renaceré en las olas
del recuerdo,
en las tertulias por la paz,
en la equidad de una sonrisa
y entre mares de rimas navegaré.





Jaque perpetuo

Gustavo Adolfo Piedrahita Gaviria



Fotografía: Gustavo Adolfo Piedrahita Gaviria



Ante tu insoportable jaque perpetuo,
declaro por mi cuenta en tablas la partida,
tumbo el rey de cara hacia el tablero,
y yo me pongo de pie hacia la vida.



La cabeza de Ortega

Luis Fernando Castaño Arcila



Fotografía: Luis Fernando Castaño Arcila



A los decapitadores les gusta recibir el sol en el atrio de la iglesia, por eso se recuestan al pie de las lámparas a esperar el amanecer y se quitan los zapatos.

Y como sienten que no sienten nada, no sienten nada entonces, porque no sienten, son decapitadores y hace rato perdieron la cabeza, tienen las medias rotas y no saben pegar botones.

Algunos suicidas de mujeres se han convertido en visiones que acostumbran aparecerse en las cocinas de las panaderías en las que sus mujeres horneaban el pan. Algunos siguen agonizando de melancolía en los baños meses después de haber ajusticiado a sus mujeres meseras, que ni en la eternidad dejan de sentir compasión de sus miserables matones que ni matándolas lograron encholarse en sus corazones.

Pobres gatilleros románticos transformados en almas en pena que dan pena.

Pobrecitos llorones sin cuerdas vocales.

Pobres fantasmas asustados tiritando en la oscuridad como huérfanos y sin ningún talento para resucitar.

Pobrecitos suicidas de mujeres triturando recuerdos sobre bultos de harina llenos de gorgojos.

Los decapitadores de mujeres se quedan dormidos hasta que las lámparas se apagan, se levantan cuando el sol empieza a fritarlos y se pasan todo el día buscando sombras que los protejan del calor y de las iluminaciones indeseadas.

No hay inquietud en el alma de los decapitadores, ellos no lo dicen pero si lo dijeran dirían: es cuestión de equilibrio. Perdida mi cabeza por amor le tocaba al amor perder también la cabeza. Es cuestión de equilibrio, si mi amor habitaba en ella debía rescatarlo. Así que tomé lo que me pertenecía y luego lo arrojé por la ventana.

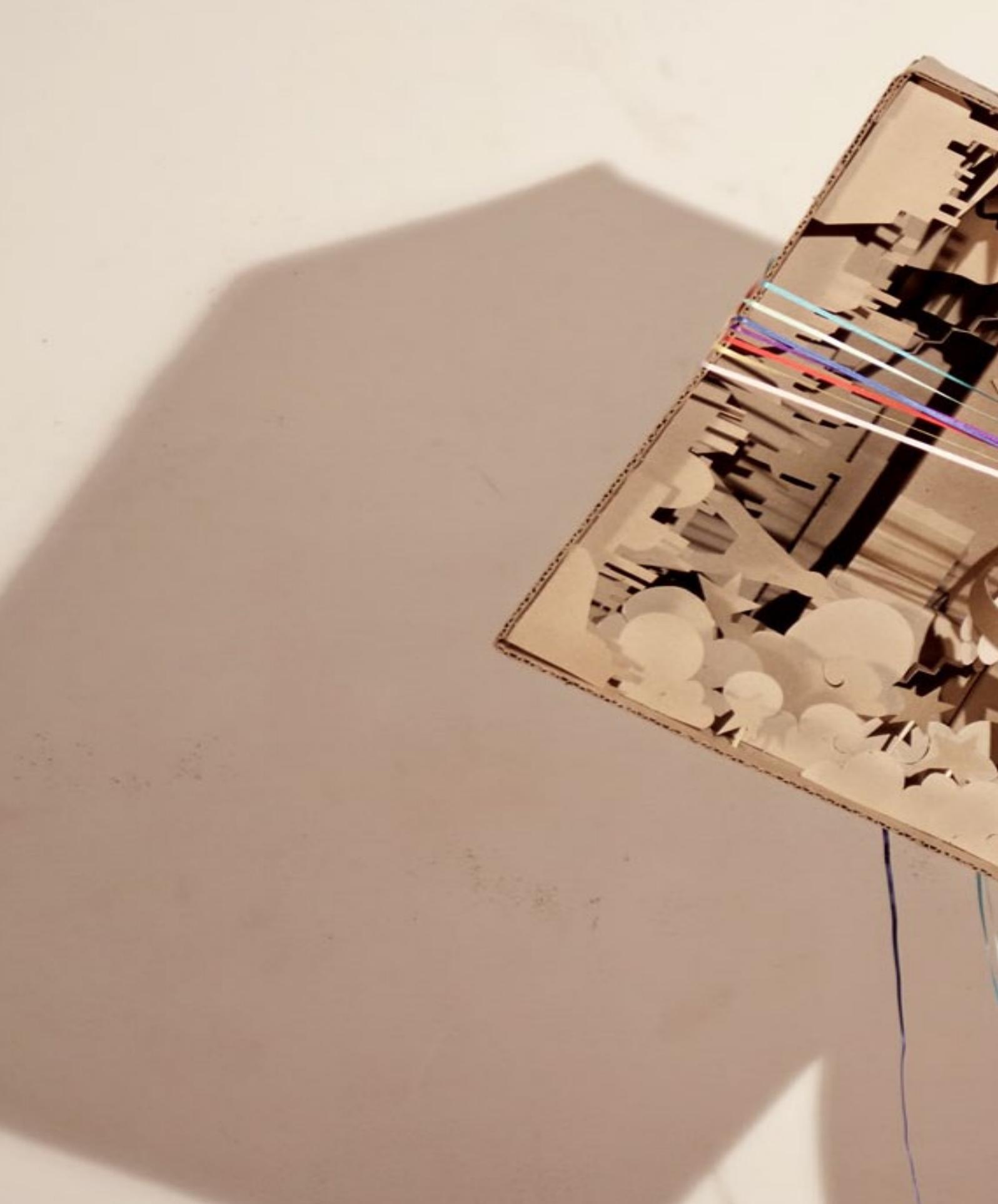
Algunos suicidas de mujeres se enamoran de las cabezas que los decapitadores arrojan por las ventanas, se las llevan para sus casas y les sacan todo lo que tienen adentro, todo. Las rellenan de algodón y saben, aunque no lo desean admitir, saben que tarde o temprano las cabezas vacías dejarán también de quererlos.

Los suicidas de mujeres se convertirán en decapitadores.



Vagabundo

Laura Vanessa Castañeda Flórez
Santiago Quiceno Hoyos



Fotografía: Laura Vanessa Castañeda Flórez y Santiago Quiceno Hoyos



Sálvame del vacío de no tenerme, de la vaguedad de mis pensamientos, del sentido perdido. Mis lágrimas claman el invierno y el invierno, las rosas que te daba. Niégame la vida y despiértame cuando la tenga de vuelta. Caminante del olvido, encuéntrame mientras me escondo, bésame que aún sangro.

Viste mi desnudez. Menciona varias veces nuestro nombre para hallarme. Una vez el rugir de mi alma sea calmado, venda mi insensibilidad y guárdala. La carga ya no está lisiada, ahora podemos marchar hacia un destino temporal.

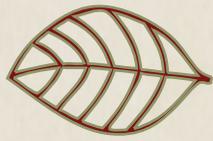


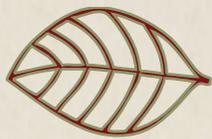


Capítulo 3

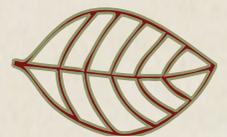
Relato
Corto







Cuatro Cuartos



María Alejandra Arcila Yepes

Relato ganador Categoría Relato Corto

Los jurados calificadores describieron la propuesta artística “Cuatro Cuartos”, de la siguiente manera:

“A partir de una fotografía con vasto poder de representación y cuatro relatos cortos que se nutren entre sí, esta propuesta logra una verdadera fusión entre la imagen que anuncia y el texto que plantea algunas de las muchas posibilidades de actualización, convirtiéndose así en una sólida estructura que apela a la imaginación de quien la aprehende”.



Fotografía: María Alejandra Arcila Yepes



Cuarto 1. Enfermedad.

Imagino cómo se vería mi cuerpo, en esta nueva forma, caminando despacio sobre el terreno arenoso del mar. Imagino que mis pasos no se detienen hasta que el fondo ya no puede tocarse y mi cuerpo ya no puedo flotar. Las lágrimas cruzan mis labios. Pierdo la fuerza y caigo.

Cuarto 2. Asesinato.

Mientras en un movimiento veloz y preciso hago de las cebollas unos cuadros diminutos, lo veo a él entrar acalorado. No me mira, no me saluda, se quita los zapatos y deja su saco en el sillón. Enciende el televisor en cualquier canal que transmita las últimas noticias y se queda allí con las piernas estiradas, esperando su comida y seguro de que allá se la voy a llevar. Supone que su cenicienta no intentará huir ni pelear batalla y olvida que no es seguro discutir y mucho menos ignorar a quien nos sirve la comida.

-¡Buen provecho!-

Cuarto 3. Duelo.

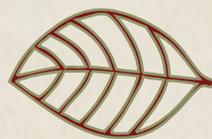
Boca abajo, con el corazón golpeando el colchón, quieta y húmeda, termino uno de los encuentros ocasionales

conmigo misma. Al compás de un martilleo en la cabeza y el sonido de un reloj que avanza sin que así avance el tiempo, me quedo tendida hasta que me duele el costado y, entonces, me quejo a gritos de mi mala suerte. Sedienta, entre vómito seco pegado al suelo, botellas medio llenas o medio vacías y basura acumulada, descubro que puede uno morir de amor.

Cuarto 4. Exceso.

Siento el gancho metálico que llevas en los labios pegado a los míos. Siento tu lengua limpiando mi orificio sucio y oscuro. Te veo deslizar el pantalón por mis piernas reseca y delgadas, yo con el cuerpo contra la pared y toda salpicada de alimentos. Mi boca busca agua mientras me dejas pegada a vos por la espalda. Chillo.

Rendida, agarrada al borde del sanitario y con tu cuerpo semidesnudo frente a mi rostro, trago tu miembro y me ahogo en vómito.



... Y un pequeño
Cristo azul

Jorge Mario Gómez Jiménez



Fotografía: Jorge Mario Gómez Jiménez

Tres regalos hizo José Francisco de San Martín, padre de la Patria Argentina, Libertador de Chile y Generalísimo de las Armas del Perú, a Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios Ponte y Blanco, mejor conocido como el gran General Simón Bolívar, El Libertador, o como él mismo lo expresó, “el hombre de las dificultades”; tres regalos dije, entre el viernes 26 y el sábado 27 de julio de 1822, en la Entrevista de Guayaquil y al día siguiente en el banquete a medias que le puso un triste colofón al crucial encuentro.

Bolívar lo citó, con el fin de pedirle que declinara en él toda opción de mando. Ese viernes no llovía, ¡diluvaba! San Martín, sorprendido por el chaparrón después de muchos meses de soportar el sopor de la perenne sequía en Lima, dijo a Pedro Nolasco Fonseca, su edecán, que el olor de la lluvia siempre le había parecido presagio de desventuras. Impertérrito, continuó con determinación el penúltimo camino que habría de hacer antes de morir en vida. A solas con Bolívar, le ofrendó su honor, es decir el destino de la Provincia de Guayaquil. También, toda pretensión de reparación al Protectorado del Perú y el mando total de los ejércitos a unificar para dar la batalla final contra los realistas, y

así consolidar la independencia de América.

El sábado seguía la lluvia. Rumbo al banquete que Bolívar les ofrecía, San Martín dijo a su esposa Remedios y a Mercedes su niña, que en su nombre obsequiaran al Libertador con su deferencia en el baile y en la conversación y “con mi Cristo azul”. Tres regalos, digo: el honor, el amor y la fe.

El Cristo, de un tamaño no mayor que el del meñique de un recién nacido prematuro, había sido tallado en lapislázuli por Arthur Cochrane, inglés, soldado voluntario, mi tatarabuelo, en el difícil paso fronterizo de La Chapetona -al regreso de la campaña de Chile- donde todavía quedaban vetas del precioso mineral, después de milenios de explotación para uso sagrado por los ancestros del gran Túpac Amaru. El soldado Arthur lo obsequió a San Martín, y como puede deducirse, éste lo guardó bien durante los años de la creación del Protectorado del Perú.

Licenciado del ejército con honores pero claudicando de su pierna derecha por una herida de la que nunca se recuperó por completo, mi tatarabuelo viajó por la América libre hasta Alaska y regresó por los puertos del Atlántico hasta el de la Laguna de los Padres, mas tarde

llamado Mar del Plata.

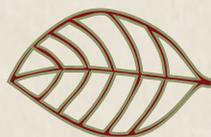
Allí lo sorprendió la triste noticia de la muerte de doña Remedios de Escalada de San Martín, en ausencia de su esposo que no pudo acompañarla en Buenos Aires durante la penosa enfermedad porque sus consejeros se lo impidieron dado el peligro que representaba enfrentar antiguos detractores de su causa rebelde. Hizo los casi cuatrocientos kilómetros del Mar de Plata a Buenos Aires y San Martín hizo lo propio desde Lima. Le acompañó a escribir el epitafio con sus propias manos. “Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del General San Martín”.

Para la despedida San Martín le devolvió la reliquia, “Bolívar no la aceptó, para cumplir los preceptos de su logia masónica; la mía no es tan estricta y me permitió conservar el Cristo como creyente que soy. Por cierto, Bolívar también lo es”.

Después empacaron y emprendieron, cada uno por su lado, el postrer camino. José Francisco de San Martín rumbo a Europa, para escribir las Máximas para su hija Mercedes y mi tatarabuelo a continuar su periplo errante e inquisidor, mujeriego y resbaladizo.

De mano en mano por las tres generaciones de mis an-

tepasados, ahora el Cristo azul es mío. Lo encontré en la mano derecha de mi padre. De ella lo rescaté una vez que pude abrísela, firmemente cerrada en la dulce hora de su muerte. Aunque he tratado en vano de ser fiel a los hechos, la imagen me ha salido con los colores invertidos, parece un negativo. ¿Por qué ...?



Bien tapadito

Angélica María García Rojas
Clara Isabel Ochoa Vélez



Fotografía: Angélica María García Rojas y Clara Isabel Ochoa Vélez

José María Arismendi

1925 – 1983

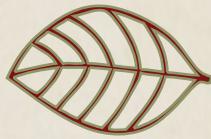
Tumba 04-019

¡Ay Chema, por qué me dejaste tan sola? No sabés la falta que me hacés, cada vez que cojo el bus me siento más triste...Íbamos juntos al mercado y comprábamos el menudo, ya me toca subir y bajar solita las canastas. Ahora todo es tan distinto, dizque los chorizos los venden procesados, eso es como..., mirá; los envuelven en un pedazo de plástico, no es como cogíamos nosotros y lavabamos todo el tripitorio, no..., nada de eso, dizque los pasan por una máquina..., imaginá pues a qué saben, yo probé uno y parecía mascando un ñervo, eso no me gustó y lo escupí. Y el mondongo dizque ya lo entregan limpio, ¿pa qué tantas lidias? no lo hirva tanto, cómprelo así, me dicen las muchachas que lavan la ropa en la cañada, esas se volvieron unas perezosas, pero esperáte, ahorita te cuento dellas y cómo han cambiado, pues, me dijeron que no vuelva a decir mondongo, que nó, qué diga callos porque dizque la patrona, una patrona de pu allá lejos, de esos barrios de arriba les dijo: Si van a trabajar aquí dicen callos, mon-

dongo nó, eso es mañé, y ya todo lo que yo digo es mañé, si vieras... Oíste Chema vine a verte a vos porque vos si me entendés y puedo hablarte así como soy yo, con naturalidá, a vos que me querés tanto y hablabas mejor que yo y no me regañabas por nada y me consentías, pero ahora, si vieras que los hombres no quieren así, qué miles de remilgos, qué lidia paconseguise un novio las muchachas de ahora, el otro día se fueron con un muchacho que llegó en carro, lleno de relojes hasta el cuello y no voltiaron a ver a mi hijo; dizque por simple, porque no tiene plata y porque anda en bicicleta. Como es de comedido que las acompaña a todas partes, y los domingos no volvieron a misa con él y tampoco le reciben las empanadas de la iglesia, pero él es como vos, así todo orgulloso. “Espere tantico amá que rapidito se desinflan de ese hombre y apenas vuelvan a mirame: el hijo de Chema no se acuerda de ninguna”.

Bueno Chema, desde la última creciente yo no venía por aquí, tocó esperar a que bajara el río y tanto que la canal donde meto las flores ya está seca y tiene mucha maleza, toca desyerbar pero mirá; no lo hago con mucho gusto, pues desde que me contaron le cogí mucha pereza de venir por aquí y es que casi todo está saliendo cierto y me lo tenés que confirmar, o mejor no, es que Chema... ¡Chema!

¿vos si fuiste capaz de haceme eso? Yo perdono todo menos esa. La otra vez que vine ella estaba rondando por aquí y yo muy inocente creí que venía a otra cosa, pero no, la muy atravesada ofreciéndome esas flores de mirto dizque pa que se viera más bonita la tumba, que desyerbáramos juntas, que... ¿cada cuanto venía yo? y que... esas otras florecitas blancas con pinta morada y las que salen con ese rosa subido son más bonitas... más alegres... que los muertos hay que animarlos... y ellos nos oyen todo... y... sí que me vas a oír porque ese engaño no me lo trago y ya me conocés de buen genio pero por las malas y a traición conmigo NO. ¡Ay Chema! ¿Qué la tumba se volvió un rastrojo? ¡No me importa! ¿Qué la vieron muy bonita con flores de mirto? ¿Ah... sí? ¿les parece muy bonita? ¡Qué tan bueno! ¿y qué más? Sííí, muy buen marido, el mejor y vé: preguntáale a esa que va allá ¿Qué paónde va? Ese es el camino pal cementerio ¿Se le perdió algo por allá? Haber pues; que yo sepa nadie se le ha muerto, y menos pa estar visitando la tumba de José María Arismendi y poniendo flores de mirto y de las otras y sabé Chema: que se la pongo difícil y rapidito rapidito alguien va desalojando estas tierras y te quedás sin flores, sin visitas y bien tapadito, bien tapadito, porque nadie vuelve a desyerbar.



Bus Eros

Felipe González Hernández



Fotografía: Felipe González Hernández

Como era festivo, días en los que la suegra se dedica a asear toda la casa, tenían que madrugar a levantarse para evitar que descubriera al furtivo que había dormido con su niña, pero la claridad de la habitación los despertó informándoles que ya estaba demasiado tarde y, a sus miradas de ¿qué hacemos?, siguió el sonido de un chorro cayendo en la letrina que les anunciaba que la belle-mère estaba ocupada y les recomendaba éste como el momento justo para la huida. El caso es que no tuvo tiempo de refrescar su rostro exhausto por la lúbrica noche ni de mirar al espejo qué tan despeinado había amanecido, le tocó salir como pedo de loca: ligerísimo, pitao. Se sintió el aliento algo enrarecido y buscó en sus bolsillos el confite de cilantro que debía tener en el bolsillito secreto del pantalón, sacó de una vez el billete arrugado para pagar el pasaje y bajando por la calle que sale a la avenida donde pasa el bus, va tarareando *teusseiosaindaestãonasminhasmãos* me explica com que cara *euvousair...*

Siente que ha hecho un gran esfuerzo cuando sube el primer escalón del bus, entrega el billete mientras en un movimiento somnoliento lucha por vencer el torniquete. No lo ha pasado cuando siente que amablemen-

te un brazo se ha estirado para ponerle unas monedas en la mano, echa las vueltas en el bolsillo y se coge del tubo de la mitad por donde, como siempre, sin mirar a nadie a ningún lado, se escurre hasta el último asiento del bus en la ventanilla izquierda. Se descarga en el cojín de cuero rojo y al ritmo de su exhalación de cansancio experimenta una sensación como de hundimiento en la espuma del asiento. Ya acomodado, como que vuelve a caer en la cuenta de que es festivo por los pocos pasajeros que viajan a esta hora y al advertir el aspecto distendido de sus cuerpos. Hasta el cutis de las mujeres luce más lozano en días como estos: fresco, como bañado de rocío, húmedos cadejos les caen suspendidos a la altura de la nariz, de los labios.

Desde el último puesto tiene el panorama de todo lo que ocurre en el bus, los ve a todos, no todos lo ven o, mejor dicho, las ve a todas, pues todos son mujeres, bellas mujeres a las que el festivo no ha redimido –salvo a la madre de su querida– de dedicar sus alientos al engranaje. La franela blanca de sus camisas de trabajo deja traslucir el encaje de su lencería y, en algunas, insinúa el bordado de un pezón que el frío de la mañana o algún recuerdo de anoche, ha *entaconado*. Aunque se

ven como recién salidas de la ducha comparten con el único pasajero ese aire somnoliento debido también, quizá, a que acaban de franquear una noche de sudor y se esmeran ahora, con los ojos entrecerrados buceando en busca del nítido recuerdo, en propiciarse los ecos de ese efecto retardado que dejan los placeres más recientes; como la mujer que va en el asiento adyacente a la puerta delantera: de perfil, su cabeza hacia atrás que en respuesta al ronroneo del bus, se mueve como en un placentero vaivén, dejando escapar un jadeo que opaca el frutal brillo de sus labios..., pero no el reluciente blanco de sus dientes mordiendo su labio inferior cuando, incitada por la centrífuga y por la otra, pareciera impulsarse y recogerse hasta que la silente exhalación es clausurada por el mordisco, por un dolor satisfecho, por una pequeña angustia que se difumina en una sonrisa como de redención.

La que viene en su misma fila, al lado de la salida de emergencia, no va en el bus: va en el éxtasis de los alaridos de Janis, queriendo emular la canción que no son capaces de retener sus audífonos, agarrando un punteo que la fugue del bus por cualquiera de sus resquicios. La herida en las cuerdas parece también herir sus

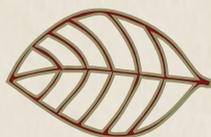
facciones, sus gestos, a sus dedos que tocan un bajo imaginario. Cada resalto del bus es para ella una punzada orgásmica, hasta que, entre dormida, cae, cae con su cuerpo ceñido por la enervación, en un punteo que se le incrusta y la hiere de tal manera que casi le hace gritar, de pena y de gozo, un extenuado *jyeah!*...

Enseguida de ésta electrizada, también al rincón de la silla, viene una ninfa con un aire tan plácido y tranquilo que llega a tornarse tierno, mimado. Se acomoda como si quisiera volver del todo la espalda a su vecina, como si le estorbara el espaldar de la silla de adelante para alzar su pierna y entrepiernar al amante de sus sueños. Ante la estrechez, hace un puchero adornado con el lunar de su mejilla, entorna su mirada y trae su rostro hacia su pecho, como derrotada. Se incorpora y posa sus manos sobre la barandilla: descubre una nueva atracción: dejarse transmitir sus corrientes, vibraciones y tensiones: a cada frenón del bus deja escapar, en un gemido cansado –que no altera su placidez natural-, un vaho que empaña el vidrio y bosqueja un círculo que se reduce y se expande a cada uno de sus disimulados desfogues. Sus manos firmes a la baranda rechazan irse de bruces en las frenadas en seco, la fuerza que imprime contra-

resta las sacudidas hasta que ambas luchas se anulan. Siente como si un pez bogara en su interior. Ahora sonríe..., sonríe con inocente picardía.

El bus pasó un resalto de forma tan brusca que los hizo saltar a todos, el pasajero sólo pudo dar cuenta del golpe de su tabique contra la ventanilla, apenas estaba saliendo de las maldiciones contra el descuidado conductor cuando una mujer que se ha quitado una gorra y se ha sacudido el pelo con la mano, se deja venir desde la parte delantera del bus agarrándose del tubo del techo. Se detiene al llegar a la escalerilla de la puerta de atrás, toca el timbre varias veces, insistente, impaciente. Llegamos... ¡oiga!, ¡que llegamos, despierte!, le grita la mujer y agrega: lo he visto por el retrovisor durante todo el viaje haciendo esos gestos y me han dado ganas de orinar; estamos en el parqueadero, voy al baño y ya vuelvo: para que sueñe con los ojos abiertos. Al descender los escalones se volvió y sus ojos le hicieron un guiño de brillo revelador: fue el destello de sus ojos lo que lo encandiló al subir al bus..., pero el mareo por su noche más el sol más los efectos del confite..., y además, la costumbre de ver que siempre conduzcan... lo hicieron desentenderse de todo, salvo del destello fugaz: todas fueron ella.

Volvió, subió el volumen a *piece of myheart* y lo que les siguió fue una sensación de *déjàvu* que no deja de invadirles cada festivo cuando fracasan en precisar la ubicación exacta de los umbrales que unen la ilusión de este mundo con la realidad de los sueños.



Coneja despierta

Federico Cuartas Aristizábal



Fotografía: Federico Cuartas Aristizábal

Mi padre se pintó la cara de amarillo
para bailar con mi madre que como siempre no se había pintado.
Mi padre se enamoró de mi madre. Mi madre se enamoró del color amarillo.

Facundo Cabral

Y mi primer novio fue un panadero. Algunas veces llegaba oliendo a empanadas o a buñuelos. Otras llegaba con harina detrás de las orejas o en el pelo, o en las cejas y una vez también le encontré harina en las nalgas. No hablaba mucho, le gustaba sentarse en la cama y mirar por la ventana. Fumaba cigarrillos que él mismo armaba y los prendía con un encendedor de oro: “fue de mi padre, fue lo único que se le quedó antes de irse, el muy malparido”. Algunas veces llegaba y me traía una bolsa llena de suspiros, otras veces me traía pandebonos calientes que me quemaban el paladar, que me hacían salir lágrimas pero que eran tan deliciosos. Algunas veces llegaba por la tarde, otras veces llegaba por la noche y después no llegó y yo miraba por la ventana y sólo veía pasar gente desconocida, gente corriendo, gente en los buses, en los carros y algunos en bicicleta. Luego vino el Inefable. Que estaba consternado. Que estaba rabioso. Con sus cejas altas, sus bigotes negros y sus zapatos sin lustrar, talla 43. Citaba autores franceses que no conoz-

co, que él conocía, que él leía mientras respondía un teléfono para alguna compañía. Se sentaba en la cama y cruzaba las piernas, tomaba mi mano en sus manos, se acariciaba su cara con mi mano, sus bigotes me hacían cosquillas y yo apenas me reía. Saliendo de la compañía lo cogió un bus, sus bigotes se volvieron rojizos, sus ojos dejaron de brillar y su libro, el librito ese que tanto citaba se destrozó. Otra vez la cama vacía. Las sábanas que se acumulan en los pies, las manchas de cigarrillo, de comida, de sangre, las almohadas en el piso, la ventana cerrada, las cortinas llenas de polvo. Las manos de mi madre acariciando mi pelo, la barba tersa de mi padre que llegaba a la casa oliendo a humo, las manos pequeñas de mi hermano que acarician mis piernas, su primera sonrisa, nuestra primera pelea. Y por la calle sigue pasando la gente, gente que no se conoce, gente que se mira, se sonríe y no se habla, gente perdida, gente cayendo al asfalto, una pausa, alguien grita pidiendo ayuda y luego la noche. La luna encima de los edificios, mi cama iluminada por su luz, mis manos blancas, mis largas orejas rosadas, mi nariz rosa. Entra Reinaldo. Se queda parado frente a la ventana, se mira las uñas, sus rizos rubios le caen sobre la frente, su piel morena con-

trasta con la camisa blanca, tiene los tres últimos botones sin abotonar, se ve una cadena de plata. Su hablar es delicado, se mueve por el cuarto como una sombra, sus dientes brillan en la oscuridad, su sonrisa me es letal. Ahora se pasa una mano por encima de los ojos, sus ojos grises, tristes, que siguen mirando a través de la ventana. ¿Que verán esos ojos hermosos? ¿A quién estarán siguiendo por la calle? Ya es verano, la ventana está abierta, entra la brisa, entra la luz y entran las risas de la gente. Él sigue mirando por la ventana, parado como una estatua o como una musa desnuda delante del pintor, sin importarle lo que pasa a su alrededor. Se acaricia la cara recién afeitada, sonrío con sus dientes blancos, me mira, siento cómo mi corazón cambia de ritmo, ahora marca con más fuerza, como los tambores que claman guerra en la mitad de la selva. Se sube a la cama, ya no existo, solo existe el TUM TUMTUM de mi corazón, ya está desnudo, ya estoy desnuda. Mis ojos se pierden entre las cortinas y las paredes, ahora veo las sábanas blancas, ahora su cara, su boca, su cuello, una gota de sudor cae sobre mi nariz y todo se va perdiendo, se va esfumando y solo quedan *palabras,*
palabras,
palabras..

El libretto

Edgar Steve Pava Rodríguez
Álvaro Andrés Echeverri Echeverri



EL LIBRETO

Fotografía: Edgar Steve Pava Rodríguez y Álvaro Andrés Echeverri Echeverri

La noche más esperada del mes había llegado. La bella iluminación del teatro se derramaba sobre sus alrededores: aceras, calles y residencias cercanas parecían ser invitadas a entrar en él. La lluvia recién había terminado dejando a las calles con una leve humedad y las gotas que aún caían de los tejados danzaban cargadas de luz. Una fila de coches llegaba a la entrada del recinto. Los invitados, todos ellos distinguidos, descendían de ellos; el teatro los esperaba con las puertas abiertas y mientras se disponían a entrar hacían alarde de sus posesiones. Un sentimiento inefable se adueñó de los espectadores que después de contemplar la estructura se disponían a tomar asiento...

Esa noche se presentaría la obra teatral Hamlet y el talentoso actor Alejandro Carleigh representaría el personaje principal. Éste se encontraba sentado en la esquina izquierda del camerino, sereno y tranquilo sobre un baúl. Samuel, colega y gran amigo de Alejandro, quien tenía grandes dotes en la actuación también actuaría esta noche interpretando el papel de Horacio; se encontraba sentado sobre una pequeña butaca, a su lado izquierdo, contemplando su rostro. De los demás personajes sólo se sentían los pasos en el tablado. En

el otro extremo del camerino se encontraba Angélica, iba a representar el papel de Ofelia; desgarradores sentimientos de decepción y melancolía provenientes de su corazón se perdían en el azul profundo de sus ojos que admiraban tímidamente y con dolor el rostro que de ninguna manera podría alcanzar: sus blancas y delicadas manos cubrían un objeto brillante del cual se podían apreciar finos reflejos de luz.

Un aire de expectación general se respiraba al interior del recinto y todo parecía tomar la forma de una vorágine en la cual el telón se convertía en el vórtice. La oscuridad comenzaba a ser parte del teatro y su presencia generaba dentro de los cuerpos superficiales emociones profundas que se mostraban sin prejuicios. Es en la oscuridad donde lo verdadero se manifiesta. La obra tuvo inicio.

La actuación de Alejandro atraía todas las miradas: todos los gestos y palabras que de él brotaban eran impulsados por una fuerza desconocida, sus movimientos eran fluidos y armónicos, estos le daban a la obra brotes de albor. El público no podía estar más excitado.

-Hamlet. Sin duda alguna. Más fácil es a la hermosura convertir a la honestidad en una alcahueta, que a la

honestidad dar a la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenía esto por una paradoja; pero a la edad presente es cosa probada. Yo te quería antes, Ofelia.

-Ofelia. Así me lo dabais a entender.

-Hamlet. Y tú no deberías haberme creído, porque aunque la virtud llegue a injertarse en este duro tronco, nunca desaparece el sabor original...

-Ofelia. Muy grande fue mi engaño.

-Hamlet. Yo no te he querido nunca.

Estas palabras llegaron a la persona que dentro de Ofelia escuchaba, como si hubieran sido proferidas por el mismo Alejandro. La actuación de Angélica tomó un rumbo diferente, más crudo; persona y personaje interpretaban el mismo papel. Los otros actores se encontraban atónitos al ver la capacidad representativa de Angélica y a la vez se sentían inspirados por lo sublime de su actuación. Todos los espectadores eran presas de sus emociones y sus cuerpos se encontraban altamente tensionados.

Angélica era cada vez más expresiva y las palabras de Ofelia se tornaban más oscuras; fuera de escena Alejandro podía ver en la actuación de Angélica el reflejo de su vida: su entrega y pasión en cada personaje interpretado en

cada obra y en cada teatro. Al igual que los espectadores, no podía apartar la mirada de la radiante pero sombría actuación.

Por un momento la mirada de Ofelia se hundió fría y profunda en los ojos de Alejandro; ella cambió el transcurso de la obra, con su cuerpo empezó a fundir movimientos radiantes y colmados de armonía con movimientos funestos y lúgubres. Luego, un elemento brillante y afilado entró a ser parte de la danza. Los actores no sabían qué hacer y el público se tensionaba cada vez más. Angélica se detuvo súbitamente sin dejar de mirar a Alejandro, sus manos levantaron el objeto liberador de sus penas y lo dirigieron al órgano que contenía sus aflicciones. El silencio se apoderó de todo el recinto, únicamente se escuchaba el caer de las gotas sobre el charco de sangre que se filtraba entre el entablado. Sus ojos derramaban lágrimas de dolor que caían sobre la mancha roja y por ella eran acogidas. Sus piernas no podían con su propio peso: cedió ante la necesidad de caer. Alejandro no podía creer la escena que se mostraba ante sus ojos. Notaba que el rostro de Angélica adquiriría cierta luminosidad y pudo ver en él cierta tranquilidad. La voracidad de su fuego interior terminó por

extinguirla, reduciéndola a leves partículas de ceniza que viajaban con el viento. El telón descendió sobre el escenario y el público no entendía lo que pasaba. Tras él los actores se encontraban paralizados y sin palabras, todas sus miradas estaban puestas en el cadáver de Angélica, aún tibio. “¡Tenemos que seguir!” dijo uno de los actores, entonces, las miradas se dirigieron hacia el hablante con incredulidad y sorpresa. “La obra es demasiado importante, ¡tenemos que seguir!”. El telón ascendió dejando ver un escenario limpio y preparado en el cual la obra pudo seguir con su curso.

Alejandro no podía recuperarse de aquel suceso, en las escenas que transcurrieron su actuación era más es-cueta: sólo en los momentos esenciales se podía ver el esplendor de su talento, pero su rostro permitía ver que no se encontraba bien, se preguntaba por qué hacía lo que hacía, qué había de parecido entre su vida y el acto de Angélica; dentro de su mente se llevaba a cabo una guerra entre lo que es y lo que había representado toda su vida.

Llegó entonces la última escena, todo estaba preparado. Ya las copas y los floretes estaban dispuestos para la pelea que iba a dar comienzo.

El rey. Ven Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento.

(Hace que Hamlet y Laertes se den la mano).

Alejandro veía en Laertes el reflejo de su propio rostro, entendió que lo que seguía era una pelea contra sí mismo. Toda su vida los personajes tuvieron las riendas de su vocación y sus deseos, ellos trazaban el sendero a seguir; ahora él sentía la poderosa necesidad de darle fin. Alejandro fue Hamlet y Laertes fue Alejandro y el resultado no era otro que el dictado por el libreto: Laertes venció.

Alejandro, que en el suelo yacía escuchaba unos aplausos provenientes de una persona. Exánime, reunió las pocas fuerzas que le quedaban para dar vuelta a su cuerpo y mirar a la única persona que se encontraba a su lado, siempre había sido así. Samuel, al frente suyo, desplegó sus alas negras y tomando su mano lo miraba con una sonrisa confortante. “Has cumplido”. El telón cayó y los espectadores no paraban de aplaudir.



Fotografía: Diego Alejandro Giraldo Restrepo



El último billete

Diego Alejandro Giraldo Restrepo

La chaqueta, recién colgada en la silla, desprendía gotas de agua que se estrellaban contra el piso. Desde un sofá, el hombre miraba perplejo aquella simetría de las gotas al caer. Tiritaba de frío. Reclinó la cabeza y se fue quedando dormido. De pronto, se levantó y como un rayo corrió hacia la chaqueta e introdujo su mano en uno de los bolsillos. Cuando las yemas de los dedos tocaron el billete, el rostro se le iluminó. Lo sacó y lo puso en la mesa sobre una edición barata de un libro de Dostoievski. El billete, empapado de agua, amenazaba deshacerse. Lo bañó con bocanadas de aire caliente, lo dobló con cuidado y lo guardó en un bolsillo del pantalón. Cogió la chaqueta y la golpeó contra la silla. Se la colgó en el hombro. Salió.

Había dejado de llover. Caminó por calles solitarias del barrio Boston hasta llegar a la avenida La Playa. Sus ojos se posaron en la fuente que hay frente al teatro. Recordó algunas veladas en familia: una obra de teatro infantil, un concierto, una conferencia. De repente, la tregua que le había dado el clima cesó. Pensó en el billete y decidió refugiarse. Compartir la acera con los mendigos envueltos en retazos de cartón, que desprendían un olor nauseabundo, le pareció repugnante. Subió las

escalas de un edificio de apartamentos hasta la garita del vigilante. Su figura se reflejó en un vidrio opacado por la lluvia: la chaqueta en el hombro, el traje mojado, una de sus manos en el bolsillo del pantalón. Sin embargo, el hombre que había en el espejo era diferente, se veía tan ajeno, tan otro, su rostro proyectaba luz. Pensó que ese hombre debía estar en casa en este momento, abrazando a su esposa por la espalda mientras con una mano acariciaba la cabeza de su pequeño hijo, felices los tres. Él, un abogado, un esposo, un padre, un hombre. Sí, allá, al otro lado había una vida. Sus miradas se encontraron. “¿Quién es éste y a dónde dirige sus pasos?”. Nuestro hombre sacudió la cabeza con brusquedad, como queriendo deshacerse de aquel pensamiento. Sin hacer caso de la fuerte lluvia, se puso la chaqueta y continuó su camino.

“El rojo, sí, le apostaré al rojo. Si gano –¡no puedo perder! – doblaré la apuesta una, dos, tres veces. No. Los colores se han portado muy mal esta noche. Mejor le jugaré a los pares e impares. ¿O mejor a los mayores y menores? ¡Qué carajo, le apostaré todo al cero!”. Mientras avanzaba, recordaba aquella primera vez.

–Póngame atención – le dijo el amigo que lo había invi

tado-. En la ruleta hay 38 números dispuestos de forma aleatoria; del 1 al 36 más el 0 y el 00. 18 son impares y 18 pares, 18 menores y 18 mayores, 18 rojos y 18 negros. Si le apuesta a un número y gana, recibirá 36 veces lo apostado. Pero es mejor empezar con los chances simples: los colores, pares e impares, mayores y menores. El premio es una cantidad igual a la apostada. ¿Y si cae en uno de los ceros? Pues gana La Banca. Mejor cúrese en salud apostándole siempre algo a los ceros. Aplicando un buen sistema las probabilidades de ganar aumentan: el Martingala, el d'Alembert, una combinación de menores y docena; en fin, ya los irá conociendo. Aquí arriba están las ruletas manuales, abajo están las electrónicas, pero esas son para los chichipatos, además, allá se pierde la magia de cambiar el dinero, recibir las fichas, manipularlas con sus propias manos y hacer montoncitos con las ganancias, ver girar el cilindro y esperar, ávido, a que el crupier cante el número ganador. Pero time is money, my friend, manos a la obra. Una racha de rojos y luego otra de impares fue la recepción en el casino. Amador le había apostado a los rojos, y a los impares. “La ruleta es lo suyo, hermano, no le busque más”. Pero él le atribuyó su buena suerte

al billete de un dólar que una tía le había traído de los United States. “Cárguelo siempre, miijo, mientras tenga este billete, nunca le faltará platica”. Esa noche se ganó más de un millón. Después, las ganancias eran ocasionales, en cambio, las pérdidas eran una constante. Primero, fueron quinientos mil, luego, un millón, los ahorros para las vacaciones familiares de fin de año, la hipoteca del apartamento, su trabajo, su familia. Lo último fue el Peugeot 206 que una semana antes había rematado por la mitad de precio.

Cruzó la avenida Oriental, bajó un poco más hasta que sus ojos reconocieron la simétrica hilera de imágenes de los carros último modelo que rifaba periódicamente el Casino. ¡La manera más rápida, fácil y divertida de ganar un automóvil! Entró.

–Buenas noches, don Amador. Le recibo la chaqueta.

–¿Desea ubicarse en la mesa de siempre? ¿Cuánto va a cambiar, para empezar? ¿Quinientos mil? ¿Un millón?

–¿Desea algo de tomar?

Amador hurgó en los bolsillos y, sin atreverse a mirar a los serviles recepcionistas, desdobló el billete de un dólar que ya había empezado a deshacerse.



El último viaje

Jhon Eder Agudelo García
Susana Quiróz Gómez



Fotografía: Jhon Eder Agudelo García y Susana Quiróz Gómez

¿Sabes cuán molestos son los viajes largos? La previa con el lloriqueo sentimental, el hastío de empacar, los días cargados de despedidas. Extrañarás al perro, a tu novia, tu bar favorito, tu pared favorita, el parque donde pasas los inviernos contemplando la lluvia como un exiliado de tu generación. Estoy harto de viajar y de permanecer, sin embargo, permanecer no me obliga a consumirme en hallar formas precisas, métodos exactos para llenar un frío cubo de metal, a comprimir mi básico material vital para sobrevivir lejos de casa. He decidido que éste será mi último viaje.

Elegir el recipiente adecuado: ese osario de tu vigor que apodan maleta, sí que es para volarse los sesos. Te las ofrecen duras para materia frágil, blandas para materia flexible. Con cremallera y candado por si desconfías hasta de la sombra de tu madre. Con correas y hebillas, a la vieja usanza, para los últimos románticos. Con lujosas cerraduras para que los más reservados e hipócritas camuflen finamente sus escrúpulos. Las encuentras con la sonrisa fosforescente de Hannah Montana, los garabatos pálidos de Burton, y la sencillez conservadora del fondo entero.

Sí que es tedioso empacar. Preferiría estar en el cielo

cristiano, condenado de por muerte a corear los mil jesuses con las tías de Gonzalo Arango. Pero no hay vuelta atrás: alea jacta est. Es mi último viaje y me he decidido por una maleta grande: una a la cual le quepa todo, perfecta para decisiones radicales. Es amplia y dura, con cremallera y candado porque de nadie me fío, rueditas para menguar la fatiga de un extenso viaje, un manubrio extraíble, y algunas correas de bronce que hacen juego con mi espíritu anacrónico.

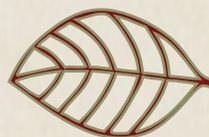
Considerando que no habrá un próximo, me he dado a la tarea de instruirme en el arte de empacar. He logrado coleccionar algunas recomendaciones para hacerlo eficazmente. Me han dicho que lo más liviano (como las camisas), debo doblarlo y situarlo sobre la base. Los zapatos envueltos en bolsas de plástico para alejar la mugre de sus suelas. Lo frágil en cajas rellenas con papel de periódico. Y que, además, debo completar los espacios vacíos con objetos duros como libros o tablas de madera. En este viaje sólo llevaré libros, cigarros, velas, y sobras de vino. Para no complicarme demasiado guardaré las velas y los libros en cajas, los cigarros en el lugar donde (según los consejos) deberían ir las camisas, y el vino ocupando espacios libres.

Termino de empacar y un problema obstaculiza mi partida, la vida se empeña en retenerme: resulta que la maleta no soporta la presión interior, por culpa de las cajas. Tendré que rebanar las velas y distribuirlas a lo largo del contenido, y abrir los libros contra el metal, corriendo el riesgo de que la fricción destruya sus hojas, aclare sus letras y desmiembre sus sueños.

Este hecho me hace recordar que minutos antes me encontraba en una situación similar. Venía camino a casa, pasaba sobre un puente y miré hacia abajo. De una pequeña grieta, formada entre las rocas y la orilla de un pacífico arroyo, sobresalía un manubrio como el de mi maleta. Bajé y traté de halarlo pero estaba muy pesado. Entonces, pedí ayuda a un par de transeúntes que cruzaban el puente. Entre los tres tiramos apretando dientes. Efectivamente era una maleta, de las grandes, de las duras, de las viejas. La arrastramos hasta la calle, abriendo paso entre los curiosos que ya atestaban el lugar. La cerradura fue difícil de violar, lo logramos luego de múltiples intentos y recibimos la ovación del respetable. Noté que se siguió la recomendación de situar lo más liviano en la base, como el pene, los brazos, las piernas y los cojines del culo. Encima adjuntó

el abdomen, el pecho, el cuello y la cabeza, finamente rebanado y envuelto en plástico. Pero olvidó rellenar los espacios vacíos, causa de que la carne se aplastara contra las paredes internas de la maleta, convirtiendo el orden inicial en un amasijo lamido en sangre. Razones tuvo para deshacerse de ella.

Entré a casa, y consternado por el ejemplo, procuré ser muy cuidadoso empacando. Elegir la maleta correcta y seguir todas las recomendaciones. Quiero hacerlo muy bien, al fin y al cabo, será mi último viaje...



En otra tierra

Catalina Cuadros Jiménez
Camilo De Fex Laserna



Fotografía: Catalina Cuadros Jiménez y Camilo De fex Laserna

Los *Neuronales* están perdidamente enamorados de la deidad, situación recurrente en la historia de casi todos los ciclos oníricos del universo, salvo algunas excepciones en las cuales el universo está plagado de odio, miedo y pesadilla. Su sociedad, su completa civilización, ha sido construida en torno a un único propósito: esperar la aparición de la deidad, un milagro que según dicen viejos y reprimidos impulsos eléctricos, ocurre una sola vez en cada periodo.

Durante incontables generaciones la casta artística de los *Neuronales* ha venido preparando una fábula absurda que le contarán a la deidad cuando llegue el momento de su descenso sagrado sobre la tierra. La casta artística está segura, casi por unanimidad, que a la deidad le encantaría una obra narrativa que contenga uno o más de estos elementos: mangas soleadas, helados, aventura, volar, elevar cometa. Un pequeño grupo de disidentes de la casta artística piensa en cambio que a la deidad le gusta sentir miedo durante su desplome en el mundo, por eso consideran que la historia debe contener: *zombies*, caídas al vacío, disparos, puñaladas. Un pequeño grupo dentro del pequeño grupo de disidentes odian de verdad a la deidad y quieren que la

historia contenga: tropezones, dientes podridos que se caen, apariciones nudistas en público y otra sucesión aleatoria de eventos vergonzosos o relacionados con la muerte.

Mientras la casta artística trata de definir el tipo de historia absurda, la casta científica estudia a fondo la naturaleza del mundo externo. Los resultados más concluyentes dicen que a través de la delgada membrana *Dunkt-Martan* se alcanza a percibir una luz rojiza y unas formaciones oscuras ramificadas que parecen seguir la lógica de la ley *Tet-Fack*. Con los instrumentos de audio se ha logrado obtener una especie de “ruido de fondo” grave, nasal, repetitivo y acompasado. La gran pregunta que asola a los *Neuronaes* de la casta científica en la actualidad es: ¿Cómo se ve el universo desde fuera? El círculo oficial opina que algo así sería imposible, que lo único verdadero es la luz roja y las ramificaciones del “gran cuerpo talloso”. La otra facción sostiene, a partir de los estudios de un supuesto material reflectivo que se antepone a la luz roja, que es posible obtener esa imagen que es un modelo gigante de la deidad. Sobra decir que estos *Neuronaes* son tomados por chiflados y herejes.

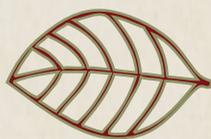
El día 8 de *Ur* en el calendario pagano la deidad se le apareció durante un femto-segundo a un pastorcillo en las montañas del norte. Le aseguró que en los próximos segundos ocurriría su aparición completa, pero por ahora su presencia en el mundo era parcial, como si ella misma fuera un eclipse de la razón. La espera se hizo eterna. Muchas generaciones de *Neuronales* murieron durante este periodo de expectativa, muchos otros nacieron e intentaron ser felices con lo que tenían: la esperanza de conocer finalmente a su diosa hecha neurona. Tres segundos después “Ella” hizo su aparición en la ciudad oriental. Los *Neuronales* entraron en un estado de embriaguez desconocido, una felicidad aniquiladora. El líder de la casta artística, momentáneamente cuerdo, invocó las imágenes que habían labrado con tanta paciencia sobre la superficie del glutamato, el material del que están hechos los recuerdos.

La deidad se transformó en heroína de una historia absurda tras otra. Destruyó una colonia marciana, navegó sobre el lomo de un tiburón gigante, voló, descansó en una manga soleada comiendo helado, resolvió los grandes enigmas universales: (eso se llama árbol, les dijo a los científicos *Neuronales* mientras señalaba la

estructura ramificada). Las neuronas diminutas y despreciables se sintieron quemadas ante su presencia. Muchas otras no pudieron evitar la mutación: adquirieron la forma de los amigos de “Ella” en el otro mundo. Esta transformación las elevó por encima del resto, se veían especiales, bañadas en la hermosa luz rojiza del atardecer cósmico.

El líder del grupo disidente de la casta artística logró traer desde el glutamato una de sus imágenes terroríficas. Pronto el sueño se tornó pesadilla: miles de zombies invadieron el mundo y acorralaron a la deidad y al *Neuronal* que actuaba, en esa ocasión, de su mejor amigo. —Esto no es más que un sueño— le dijo la deidad al homúnculo—cuando los muertos vivientes me atrapen, voy a despertar. Tú y yo volveremos a ser unidad. No te preocupes—. El homúnculo intentó camuflar su miedo, después de todo no podía recordar otra forma de existencia distinta de la suya. Los muertos vivientes destruyeron la puerta. Se abalanzaron sobre ellos. Primero mordieron a la deidad. El homúnculo observó aterrado cómo destrozaban su carne. De las heridas brotó una luz penetrante que destruyó a los muertos, pero también al homúnculo, o al menos a lo que él creía ser. La

membrana *Dunkt-Martan* se abrió y dio paso a la hermosa visión del árbol y del atardecer rojo. — ¡Uf!— exclamó ella mientras se reincorporaba en la cama.



Madre, todo bien

Clara Lucía Pérez Arroyave
Ana Isabel Pérez Arroyave



Fotografía: Clara Lucía Pérez Arroyave y Ana Isabel Pérez Arroyave

Habían tomado la decisión de no decirle que su hijo acababa de morir. Que si el corazón no resistía. Que si la hernia se estrangulaba. Que si le daba una convulsión. Las tres hijas, los dos yernos y los seis nietos, postergaron la noticia. Debían preparar el momento del anuncio. Y como Joaquín, el muerto, vivía en el extranjero, todo resultaba fácil de ocultar.

Joaquín se había ido a Madrid a estudiar. Otra ciudad y una mujer se lo habían robado. Para Emilia, él seguía estando prestado. Esperaba recuperarlo algún día. “¿No me creés querida? ¡Mirá! ¡Mirá yo te muestro!”, decía Emilia a sus vecinas, al tiempo que sacaba una de las cartas. Sacudía el polvo del sobre (tenía bordes con triángulos rojos y azules, estampillas del Rey Alfonso VI y sellos de color morado). Lo encorvaba, se untaba los dedos de saliva y halaba la carta. Sacaba dos hojas escritas con tinta negra. Las desdoblaba (las hojas estaban desteñidas por las lágrimas y el café). Leía a sus amigas: “Madre, ya no aguanto más estas ausencias”. Miraba al techo, cerraba los ojos, y se daba la bendición.

Emilia llevaba más de treinta años en el intento de recuperarlo. Era una ausencia que no había superado. Se

atenuaba cuando cocinaba lo que le gustaba a él. Esa torta envinada, y ese postre de mantequilla: una capa de galletas humedecidas con ron, una capa de mantequilla batida con azúcar, otra capa de galletas, otra capa de mantequilla... y así, hasta que uno de los ingredientes se acabara.

Era una ausencia que la acompañaba con los *marconis* que sin falta recibía cada dos semanas. «“Madre, todo bien”, se repetía Emilia, como en una hipnosis sin fin». Con las cartas fechadas rigurosamente de cuatro en cuatro semanas. “Estoy pensando en regresar...prepara las cosas para mi llegada”, le decía Joaquín. Con las llamadas telefónicas de tres minutos cada dos meses: “¿Señora Emilia?... ya se lo comunico...”.

Era ese, el anuncio de la operadora, un anuncio que la ponía a temblar. Era esa la voz de una mujer, una mujer sin rostro, la que Emilia imaginaba con dulzura y gracia. La mujer desconocida que le hacía recordar el vientre despojado y los pechos secos, las estrías en el estómago y las noches de desvelo. La voz que en ocasiones desaparecía a través de los kilómetros perdidos en el océano, el océano que la separaba de Joaquín. La voz que se iba entre las olas, indicando que la llamada

se había colgado. «Tip, tip, tip», y la cabeza se le quería reventar a Emilia. “Mamá, es que las líneas telefónicas se congestionan”, decía Joaquín al cabo de los dos meses.

Después de casi veinte días de reuniones, la familia acordó la forma en que iba a contarle la noticia a Emilia. Decidieron hacerlo de día. “Tarde no”, insistía la hija menor. “¿No se dan cuenta que es más difícil salir de noche para un hospital?”.

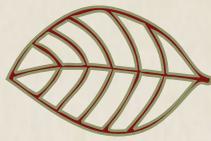
Le pidieron a un sacerdote que los acompañara. Emilia podría necesitar la bendición o hasta los santos óleos. “Hija mía, por esta santa unción y por su bondadosa misericordia...” “Amén”, contestarían todos. Llamaron al psiquiatra y solicitaron su presencia. Emilia podría querer que alguien la escuchara. Convocaron al amigo de la niñez de Joaquín. Ella podría desear sus manos para consolarse y su cara para recordarlo. Citaron al cardiólogo. A Emilia podría matarla un dolor agudo en el corazón ¡Un golpe en el pecho sería la salvación!

Todos se reunieron esa noche en la casa de Emilia. Prestaron cosas con los vecinos. Sillas y pocillos para el café. Bandejas de plata y cucharitas para el azúcar. Pidieron un colchón por si era más de uno el que debía dormir junto a ella.

A Emilia la ubicaron en el sillón más cómodo. Cerraron la puerta del balcón para no sentir el frío. Formaron un círculo que se cerraba con su presencia. Se dieron saludos de cortesía. Filtraron miradas de incertidumbre y contuvieron temblores con esperanzas. Hicieron alusión a la sequía y a la economía. “¿Si ves pues lo que pasó con el presidente?”. Escucharon el silencio y murmuraron pesares. Dijeron después que habían visto a Joaquín deambular en la casa.

Habían decidido que el psiquiatra sería quien comunicaría la noticia. El profesional se dispuso a hablar. “Emilia, Emilia, es que...”. Ella lo interrumpió, miró a todos, y exclamó: -Por favor: ¡no más!...

¡Díganme ya, cuándo fue que murió!



Monedas de sal

Andrea Arango Gutiérrez
María Clara Calle Aguirre



Fotografía: Andrea Arango Gutiérrez y María Clara Calle Aguirre

Estoy cansada de caminar tanto. Estas chanclas tres puntadas son incómodas y más aún cuando venimos del lado oriental de esta zona desértica.

Después de largo tiempo, llegamos a las minas de Ma-naure. A lo lejos, vemos una lancha volteada que está al frente de un puesto abandonado de guardia costera. “No se sienten”, dice mamá, “es mejor quedarse parados y esperar a que los turistas salgan. Cuando ya estén afuera, hagan su trabajo”.

En ese momento, sale una persona del doble de alto que todos nosotros, ojos azules, pelo radiante y piel más blanca que la sal misma. Yo, que soy la mayor, debo encargarme de que todo salga bien. Le digo a uno de mis hermanos que vaya y haga su labor mientras los demás se quedan con mamá hasta que les llegue su turno.

Desde aquí, puedo ver cómo el señor se esfuerza por hablar español. Mi hermano contiene su risa. El extranjero sonríe durante la conversación. Cuando ya tiene la mano en su bolsillo, haciendo sonar las monedas, aparece un guajiro y le habla en una lengua extraña al de ojos azules. La sonrisa se le desdibuja, saca la mano vacía de su bolsillo y sigue su camino sin volverse hacia mi hermano. “¿Cuántas veces te he dicho que no

los entretengas? Tienes que ser más rápido si quieres comer esta noche”, le digo por no haber traído lo que necesitamos.

El *pütchipüde* nuestro hogar nos ha contado historias que dicen que esas minas de sal nos pertenecían hace algún tiempo y que por eso, en vez de ir a hacer lo que hacemos, deberíamos reclamarlas como nuestras. Pero mis padres aseguran que es mejor tener suerte y trabajar en una de ellas, con los blancos. Lo importante, dicen ellos, es no pintarse la cara y vestir una falda o cualquier ropa que ellos usen para caerles en gracia. También, es necesario aprender español. Aunque la verdad es que mis hermanos y yo lo hablamos todo el tiempo. El *wayuunaikino* nos gusta. Sólo lo utilizamos cuando estamos con nuestro *pütchipü*.

Él nos habla de lo resistente que es y tiene que ser nuestra raza. En historias que parecen míticas, nos narra cómo nuestros antepasados resistieron hace miles de años la llegada del blanco a estas tierras. Ellos trajeron sus aparatos sonoros y luminosos, mientras nosotros nos defendimos con piedras y palos. Aún así supimos resistir. Por esto, el *pütchipüinos* pide que no vayamos pero mamá es la que nos lleva.

No todos hacen lo que nosotros. Algunos de mis amigos tejen mochilas con los hilos que traen los blancos. Pero lo cierto es que no es suficiente para comer o comprar los chivos, que son los animales que menos se enferman.

“Aquí sólo vives de los chivos o de las minas de sal y carbón. Así que es mejor que empieces desde ya para ver si te ponen a sacar los minerales”, dice mamá.

La verdad a mí no me disgusta. Pero mis hermanos siempre tienen problemas al momento de ir donde el extranjero. Hemos tenido varias discusiones por las historias que nos cuenta el *pütchipü*, pero eso se les quita cuando les recuerdo que tenemos que comer.

Yo tengo el trabajo más duro de todos. Recostada en esta lancha, observo cómo cada uno de mis hermanos, excepto el que carga mi mamá, va seleccionando a cada persona que sale de Manaure. Entre más extranjeros consigamos antes de que llegue el guajiro, podremos tener más ropa y más comida.

Al finalizar la tarde, cuando ya hemos recorrido gran parte de la costa, volvemos a nuestra choza de madera y paja. Adentro está papá, recostado en una de las hamacas que nos enseñaron a hacer de niños. “El día no

fue el mejor de todos. El tren que llevaba el carbón fue volado cuando se alejaba. Eso significará más trabajo durante días”, dice él con su cabeza cabizbaja y sus manos tiznadas de negro.

Me acerco, le entrego lo que recogimos mis hermanos y yo y le digo que por hoy no tenemos que preocuparnos. *Shancetanos* protege esta vez.



Primer paso

David Alejandro Betancourt Vélez



Fotografía: David Alejandro Betancourt Vélez

Antier, por ejemplo, paseaba a su perro y temí que me viera espiándola detrás del pino. Estaba hermosa. Su perro me salvó justo antes de que pisara mi sombra. Envolvió su mano en la bolsa, desanduvo el camino y allí en la basura la dejó. Hace poco casi me sorprende detrás de esta ventana (desde donde espío su belleza), cuando sintió en sus ojos la luz del flash. Medio se volteó. No me vio. Nunca antes me había sentido a punto de ser descubierta. Tengo trescientas dos fotos suyas. Diez enmarcadas. Cuatro en tamaño gigante... Un cuaderno lleno, con mi puño y letra, que dice: Valeria, Valeria, Valeria, Valeria..., que leo todos los días. Cuatro Valerias en plastilina...

Un día, detrás de su propio carro, la vi bronceándose en el jardín. Me encanta mirarla. Fui por la cámara corriendo. Cuando regresé ya no había foto. La cortina de su cuarto se meció. Creí que me espiaba, pero solo eran ideas mías.

Ayer, un carro lujoso parqueó al frente de su casa. Un hombre rubio lo conducía. Sonó el pito tres veces. Valeria corrió a recibirlo y metió medio cuerpo por la ventana contraria a la de él. Le dio un beso. En un momento creí que solo eran ideas mías. Seguro le dio un beso, por

que cuando volteé a mirar Valeria regresaba a su casa con una sonrisa que lo delataba. No quise saber más: el carro estacionado significaba espera. Significaba salida.

Llegó la noche. No pude dormir. Boca arriba en mi cama vi a Valeria en el techo mirándome con una sonrisa que se derramaba por las paredes de los lados. No recuerdo el valor de aquel trabajo, sí lo que les costó pegar la imagen en el techo, sin una sola arruga. A la una y treinta del amanecer sentí afuera la puerta del carro cerrándose. Me cubrí la cabeza con la almohada, creyendo así ahogar la desesperación. No pude contenerme: cogí el teléfono y marqué.

—Aló... Aló...

No hablé. No sabía qué decirle. No era hora para identificarme ni el momento para explicarle quién era.

—Aló... Aló...

Valeria repetía entredormida.

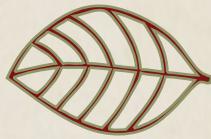
En ese momento mis impulsos deseaban confesarle que yo, su vecina, estaba celosa así no me conociera, así nunca hubiéramos cruzado una palabra en la vida, que la quería.

Colgué.

Desde la cama alcancé en la mesa de noche el oso gris de peluche que quizás fue a parar a su basura por faltarle la cabeza. Olía a ella. Luego quise estrangularlo cuando llegó de nuevo la imagen del carro, de Valeria, del beso. Me vestí de prisa y recogí de su jardín algunas flores que junté como ramo. Tenía, por mi tranquilidad, que decirle cuánto la amaba, enfrentar la situación.

La piedra era muy pequeña como para despertarla. Ni la segunda ni la tercera ni la cuarta atinaron en el blanco. La quinta sí. Entró rompiendo el vidrio de su habitación, en el segundo piso. Yo corrí.

Rebotó en la baldosa y cayó justo al lado del baúl donde guardo las fotos que le he tomado, los poemas que le he hecho en servilletas, el carnet de la universidad que olvidó en la capota de mi carro, los binóculos... Desde la ventana vi a Salomé alejarse corriendo, un ramo de flores en el piso. Sonreí, besé sus labios en la foto, suspiré y guardé la piedra en el cajón junto con las demás cosas. ¡Alguien había dado el primer paso!

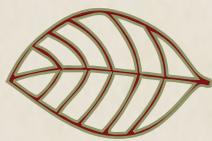




Agradecimientos

De manera especial el Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas quiere extender su agradecimiento a todos los participantes en el Concurso de fotografía y narrativa Binarius, y a las demás personas involucradas en este proceso cultural, que han hecho posible la publicación del libro electrónico artístico Binarius II.

Al señor rector abogado Juan Luis Mejía Arango por su deferencia con el Centro Cultural al permitir publicar el texto “Chapoleras” de su autoría, al jurado calificador por su compromiso con esta actividad cultural, al Fondo Editorial Universidad EAFIT por su acompañamiento y asesoría, al Departamento de Comunicación y Cultura de la Universidad EAFIT por el trabajo de difusión y a la Comunicadora Social y Diseñadora Gráfica Digital María Isabel Zapata encargada del diseño de esta obra.





Autores Participantes

Capítulo 1: Epistolar

Andrea Hernández Vélez

Cesar Augusto Ceballos Montoya

Diego Fernando Paredes Peña

Gloria Patricia Lopera Mesa

Juliana Paniagua Arroyave

Luis Javier Caicedo Pérez

Luisa Betancur Ossa

Manuela Franco Betancur

Capítulo 2: Poesía

Gustavo Adolfo Piedrahita Gaviria

Ignacio Javier Beetar Zúñiga

Laura Vanessa Castañeda Flórez

Luis Fernando Castaño Arcila

Nataly Muñoz Velásquez

Rafael Alexis Álvarez

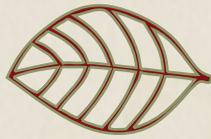
Santiago Londoño Montoya

Santiago Quiceno Hoyos

Tatiana Motlak Correa

Capítulo 3: Relato Corto

Álvaro Andrés Echeverri Echeverri
Ana Isabel Pérez Arroyave
Andrea Arango Gutiérrez
Angélica María García Rojas
Camilo De Fex Laserna
Catalina Cuadros Jiménez
Clara Lucía Pérez Arroyave
Clara Isabel Ochoa Vélez
David Alejandro Betancourt Vélez
Diego Alejandro Giraldo Restrepo
Edgar Steve Pava Rodríguez
Felipe González Hernández
Federico Cuartas Aristizábal
Jorge Mario Gómez Jiménez
Jhon Eder Agudelo García
María Clara Calle Aguirre
Susana Quiroz Gómez



PUBLICACIÓN DIGITAL
BINARIUS II
LIBRO ELECTRÓNICO ARTÍSTICO
2012

Primera edición: agosto de 2012

Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría

Carrera 49 N. 75 ur-50

<http://www.eafit.edu.co/biblioteca/Paginas/inicio.aspx>

Email: biblioteca@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-133-8

Textos y fotografías:

Finalistas del Segundo Concurso de Fotografía y
Narrativa 2011.

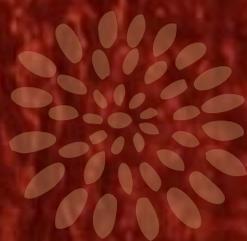
Diseño y montaje:

María Isabel Zapata Cárdenas.

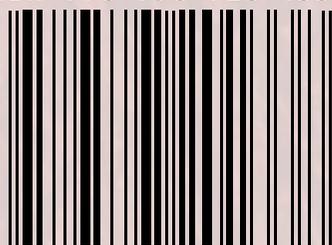


Nuestros servicios son sus derechos





ISBN 978-958-720-133-8



9 789587 201338